



Ilustración quincenal.

DIRECTOR

Adelardo Ortiz de Pinedo

Oficinas: Olmo, 4.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

	TRES MESES	SEIS MESES	UN AÑO
Madrid.	6	11	20
Provincias.	8	15	25
Ultramar y Extranjero.	18	35	65

AÑO I

Madrid, Diciembre de 1893

NÚMERO 23



FLORISTA



SUMARIO

TEXTO

Crónica de la quincena, por Rafael Camarón.—Carta de Londres, por Puck.—Algo sobre la importancia de las carreras de caballos, por Abdón de Solaún.—Proyecto de monumento a D. Pelayo, por Eduardo Albaladejo.—La ronda del Zorro, IV y último, por A. Covarsi.—Lulú, I, por Alvaro Carvajal.—Carta de París, por Nedy.—Chifaduras gimnásticas: Con buen jaco, bien se corre, por Silverio Lanza.—Cultivo de los rosales, por Fermín Pintado.—Nuestros grabados.—Crónica del Sport: Carreras de caballos, Caza, Velocipedia, Regatas, Sports atléticos, etc.—Cuentos de Sport: Pagar... corriendo, por B. Marcel.—El Arte de la Esgrima, (continuación), por León Broutin.—Anuncios.

ILUSTRACIONES

Florista, cuadro de Eichstaedt, grabado de Jericke.—Proyecto de monumento a Don Pelayo, en Covadonga, de fotografía, grabado de Angerer y Göschl.—Demasiada, cuadro de Artigue, grabado de Baudé.—Mariscando, dibujo de Schram, grabado de Jericke.—Tarde de invierno, cuadro de Ahrweiler, grabado de Dürr.—Buena bolea!, historietta cómica en seis dibujos de Rojas, fotograbados de Angerer y Göschl.—El arte de la esgrima: Golpe recto en la línea baja de cuarta, dibujo del natural de M. Picolo, fotograbado de Páez.—Catorce cabeceras, según acuarelas de Picolo, y multitud de alegorías de varios artistas, fotograbados de L. Romea y Compañía y de Laporta.

Cubierta en color.

Dibujo original de Picolo, fotograbado de Laporta.—Carnet del cazador.—Sección de anuncios.

CRÓNICA DE LA QUINCENA

«A la orilla del mar», comedia por D. José Echegaray.—«Blancos y Negros».—Paz y borrasca.—El sorteo.—París-Santander.

Yo no sé con que comparar la última obra de Echegaray. Aseméjase a mujer hermosa víctima de una de esas dolencias interiores, que no salen al rostro: macizas las formas amplias y soberanas... agonizante entre lujos de *toilette* espléndida, atmósfera de luces y perfumes, reflejos del oro que brilla y tornasoles de los rasos, de movable colocación...

A la orilla del mar, sí, parece encontrarse el espectador. A él llega, en oleadas, aquel ingenio crestado de majestades de pensamiento, y, ante el deslumbrante cromatismo, sin que acierte a comprender nada, lógicamente humano, en el incesante ir y venir, ple-tórico de color y de rumores de arrobadora idealidad.

Echegaray ha hecho una comedia—con vistas al drama romántico—de caracteres... sin caracteres; allí no hay, ni *chispa* de acción, más que la necesaria para que una obra escénica pueda tenerse en pie.

Ya sé yo que no es esto defecto. Dramas y comedias ruedan por las escenas, sin tropiezo, en las cuales, lo desmedrado de la acción—de esencia en la obra teatral—se suple con el refuerzo de los caracteres bien escogidos y delineados, como exige la perspectiva teatral que tiene su punto de vista, por cierto, muy distanciado del de la novela, pese á unos cuantos que *erre que erre*...—aunque con intención digna de otros afanes—se empeñan por sobreponerlos y confundirlos.

Valentina, por ejemplo, debió ser un carácter, y, por las trazas, se procuró que no pecase por vulgar y no resultase manco de interés. Echegaray amontonó materiales—se echa de ver,—repasó los palillos de modelar; pero, sea que aquello quedase sin concluir, sea que la obra no respondiese á la concepción, el carácter de Valentina, por abocetado ó por deficiente, queda contrahecho y borroso y plagado de esas inconstancias vulgarotas de nuestras nerviosas juvenzuelas que, en gracia á los *fueros* del interés, deben dejarse en casa, donde, sin salir, resultarán conocidísimas nuestras, de puro vistas y abundosas.

El carácter de él, de Leoncio, calavera si los hay, cabe, dentro del convencionalismo artístico, en todo su desenvolvimiento durante la obra; tiene mucho lastre de romanticismo que, quizá, sea cosa que por este modo de ser contradictorio nuestro, prospere en los corazones enfangados en los vicios peores—algo así como esa religiosidad, rayana á la superstición, que se observa en los criminales más furibundos.—Originalidad no tiene ni mota; es el *enviciado* de siempre redimido por el amor á una mujer. El maestro ha pugnado porque cause el mayor efecto, y, ¡claro! lo consigue al final del tercer acto. Creó que entra por mucho la acentuación, el relieve que le da Thuiller á aquella escena final—interpretada magistralmente;—pero, allí, está la mano experta de Echegaray, agotando el contraste de aquel hombre acostumbrado á vencer del mar y de la tierra y aquella mujer que se niega á casarse con él, cuando, al escándalo del rapto, se une la pasión tan sugestivamente declarada por el hombre á quien no entiende y á quien ama con delirio, según declara después, á los espantados testigos de esta escena—que hasta Echegaray juzgó natural espantarse, por cuenta de sus personajes, de aquella incomprensible conducta que luego resulta, si no se veía de antes uno de tantos nervosismos femeniles, razón por la cual no *siente* el público la manera de ser y hacer de Valentina—.

Y... perdóneme el Sr. Echegaray, éstos mis deslices, que no van de crítica, sino como impresión de un espectador, de los adocenados, que alarga y detalla algo uno de los motivos de esta Crónica, porque no se tache de irreverente pasar como por ascuas éste en que se repite un nombre ilustre, el del genial autor de *El gran Galeoto*.

Después de todo, la forma—ese elemento *esencialmente accidental* en las obras literarias—la forma de su última producción conmovió fuertemente mi pobre imaginación hambrienta de belleza... Por allí rodó atortolada como rodaron mis sentidos una noche que iba, por primera, á un baile en el Real, entre aquel aire luminoso y abrasador y aquel montón palpitante, abigarrado, de bellezas tentadoras, ligeras, que yo veía aturrido pasar por mi retina de neófito, no acostumbrada á tanta luz, á tanto color, á tanta belleza—yo me las imaginaba así—descubierta y acariciadora...

¿Que no toma parte Mario en la obra del Sr. Echegaray? ¿Y la verdad é inteligente disposición de la escena?

Y... de propósito, va para lo último hablar de la Guerrero, que hace cuanto sabe—¡que no cabe más!—en su papel y á quien andan poniendo *peros* por si ha adoptado *dejos* ó *tonillos* que no agradan. Razón tendrán; *pero*—y este es muy otro—juzgo la cosa de tan *poco momento*, que va á ser ya mucho machacar el recordárselo á diario á la Guerrero, actriz inteligente que verá de *enmendarse* y se enmendará. ¡Ah! Los demás, la Alverá, la Ruiz, Cepillo, Cirera, García Ortega, Balaguer, García, discretos como siempre... que no pueden hacer otra cosa... Ante todo, *res habilis*, que dicen los romanos.

En el teatro Español—que reúne una compañía discreta y tres ó cuatro nombres de artistas probados como buenos (*Bueno*, es uno de ellos),—se ha aplaudido el *arreglo* titulado *Blancos y Negros*, hecho con excelente buen sentido por los Sres. Llana y Francos Rodríguez.

Otro de los que no se avienen con la paz en que, por fas ó por nefas, va entrando lo de Melilla, es el viejo Mediterráneo que anda malhumorado, según noticias. Cuando la guerra alzaba sus fantasmas por aquellas tierras, allí llegaban sus rumorosas mansedumbres en oleadas azules, hoy se revuelve osco y grisiento, con torsiones de epiléptico, poblando de quejumbres y tristezas el campamento, sin ruidos de contienda, como nublado sin tronada.

El sorteo de *quintos* ha tenido lugar en esta quincena. ¡Mal día para las madres! En aquellas bolas que voltean como locas por el *bombo*, va prendido su corazón... Los *mosos* mezclan la natural emoción del caso, con la edad juguetona, y... acaban por sonreírle á la caprichosa fortuna... Las madres que no entienden de deberes políticos, mejor ó peor justificados, no entran por esta añaña é inhumana práctica que tiene *dejos* de *esclavitud antigua*... Y sobre todo, esas pobres mujeres de los poblachos lejanos y escondidos que ponen los límites de su mundo allá en donde la tierra y el cielo se tocan, á la vista...

Yo fui testigo de una escena de esas imborrables en la memoria. Regresaba á Madrid de vuelta de Burgos. La noche se había entrado con fuerte nevada. Arrebujados en nuestras mantas rodábamos por las Castillas, descabezando el sueño; á tiempo que comenzamos á oír gritos y lamentos prolongados, que la distancia hacía sordos, como de una multitud que lamentaba horrorosa catástrofe. La llanura blanca, desierta, parecía muda á nuestras miradas interrogantes. Y, mientras tanto, aquellos ruidos lejanos sollozaban con imponente *crescendo*... El tren rueda que rueda, avanzó, á poco, el sitio de donde salían los lamentos. ¡Bah!—dijo un viajero—¡Valiente chascol!... Los quintos que se van... y... los despiden...

¡Era todo un pueblo que lloraba! Sus hijos iban á servir al rey... allí abajo... en la ciudad grande... donde les llevase aquella culebra de hierro... Y ¿qué sabían ellas la suerte que les deparaba entre esos *demonios de gobiernos*, la turbamulta de *pillós* y *descreídos* que hasta allí llegaban á chupar la sangre de su empobrecido villorrio en figura de recaudadores de la contribución?...

París-Santander: dos nombres que confunden la gran desgracia con el paternal cariño de la culta capital republicana. Santander, que abre huecos en la prensa francesa de unisona conmiseración y en los corazones manantiales de generosa esplendidez. París, nombre que suena esta vez, como siempre, unido á la desgracia del pueblo hermano.

RAFAEL CAMARÓN





CRÓNICA DEL SPORT



CARTA DE LONDRES

Pro-patria.—En Cheveley Park.—Las desdichas de un polizonte.—Carrera infantil.—Una visita á la Exposición velocipédica.—Adormideras.—El nuevo salón de conciertos.—Felices Pascuas.

Sucesos tristísimos, que no por pasados pueden borrarse de la memoria, ciñeron su corbata de crespones á la bandera roja y gualda, y este duelo impresionó profundamente á los ingleses, que no han estado avaros, por cierto, en manifestar sus simpatías á España. En cuantos círculos frecuente fui asediado de preguntas que inspiraba el interés más vivo; la prensa ha sido como siempre *leader* de la opinión, y en el último mes escribieron todos los periódicos artículos hermosísimos, dedicados á España, que hago un verdadero sacrificio en no traducir.

Anuncié en mi última correspondencia un *meeting* de *steeple chase* particular, organizado por el opulento *sportsman* Mr. M'Calmont; la realización de aquel proyecto ha dejado atrás todas las conjeturas. El dueño de Cheveley nos tenía preparada en su parque una verdadera sorpresa, y allí fué cuanto de inteligente y distinguido encierra la Gran Bretaña; llegaban los trenes atestados de viajeros desde muchas horas antes, y para hacer el catálogo completo de la *fashion* no se hubiera necesitado más que apuntar los nombres de los que asistieron á esta *steeple*. Una pista muy bien hecha, los obstáculos excelentes, los *enclosures* perfectos y el *weighing-room*, *boxes*, etc., no tenían nada que pedir; en una palabra, un hipódromo completo. La mejor garantía de la parte técnica de la carrera es citar los nombres de los comisarios: Marqués de Cholmondeley, Hon. C. Howard, Hon. G. Lambton, Capt. Machell y Mister M'Calmont; del Juez de llegada Mr. Ford, del *starter* Mr. Coventry, del *handicapper* Mister Mainwaring; las apuestas estaban confiadas á los Sres Pratt and C.^o

Las pruebas más salientes fueron la de granjeros, que se limitó á un *match* ganado por *Carpet Knight*; la militar, en la que *Why Not* derrotó á sus tres compañeros, yendo montado por su dueño Capt. Bewicke, que es el primer *jockey* de Inglaterra, y el *handicap* de Cheveley que fué otorgado á Belmont, de Mr. H. M'Calmont, después de una reñida carrera.

El propietario de Cheveley era muy felicitado por sus amigos en la terraza del castillo, convertida en tribuna, y único sitio que había reservado á sus particulares invitaciones.

Un polizonte retirado compareció la otra mañana ante el juez de su distrito á querellarse contra su esposa, hecho natural y frecuente en esta tierra; pero la causa del agravio es un poco menos vulgar. A él le tiraba la literatura y quería cristalizar en páginas impresas los lirismos de su vida policiaca; pero su consorte, mujer práctica y de excelente juicio, lo desanimaba diciéndole que escribía mal, y se esforzaba por apartarlo de tan peligroso camino. El juez desestimó la querella pensando quizás como la *ex-policeman's wife* y como el sentido común, si hubiera tenido que fallar el pleito.

No hace muchos días se corrió un *handicap*

de niños en el camino de Stafford á Newcastle. Los andarines, todos de corta edad, pertenecían á la Escuela de Yarlett y se disputaban un premio dado por Mr. Strachan. El numeroso lote salió con buen orden y á paso tan veloz que los carruajes de los jueces tuvieron que correr bien para seguirlo. Rompió la cinta D. Venables, llegando el segundo C. Brennand. Muchos *handicaps* de profesionales se han visto, bastante peores que el de la Escuela de Yarlett. Fomentando estos saludables ejercicios, los niños se aficionan al sport, ganan en desarrollo y se recrean lícitamente. Entiendo que esta cuestión es de interés social y doy traslado de ella á los competentes escritores que en estas mismas páginas han tratado del asunto.

La Exposición Stanley de velocípedos instalada en el Hall de Agricultura de Islington, es uno de los acontecimientos anuales más importantes en el citado sport. El velocípedo ha triunfado por completo en la tenaz lucha contra él entablada; la gran perfección de estas máquinas asegura una era de reposo en los adelantos de los últimos años, que hacían antiguo un velocípedo en pocos meses por haberse construído otro mejor; hoy los comerciantes pueden aumentar su fabricación y los aficionados adquirirlos sin temor á ninguna reforma radical. Por estas causas la Exposición Stanley está más animada que nunca; hay instalaciones magníficas y la última palabra del velocípedo está dicha allí. Desde luego, la llanta de aire comprimido ocupa el lugar preferente que merece; la forma de bicicleta es la que impera, y los altos y elegantísimos bicis están sólo como un recuerdo arcáico. Dominan los *rear-driving safeties* y se observa una marcada tendencia hacia la hechura Humber, de cuello largo, con los dos puntos de unión muy separados. En los de señora prepondera el tipo *drop*, y como por razón natural son menos fuertes, se emplean en ellos tubos dobles que suplen la solidez que les falta por carecer del puente. Las bicicletas *tandem* llaman mucho la atención, habiéndolas cómodas y elegantísimas. La casa «Monarch» ha dejado muy alto su nombre con los triciclos para repartidores de comercio. En los accesorios velocipédicos hay objetos muy curiosos y bien construídos. El certamen se inauguró con un *lunch*, en el que Sir Albert Rollit, que presidía, pronunció un buen discurso estudiando el velocípedo por su lado práctico.

Acaban de importarnos de América una moda verdaderamente *fin de siècle* que consiste en dar reuniones para... dormir. Sí, para dormir, tal como suena. Todo el que padezca de insomnio podrá asistir á ellas vistiendo traje de noche, siempre decente; allí habrá una música melódica, tranquila, que adormezca; refrescos tibios algo narcóticos; las conversaciones, sostenidas en voz baja, serán triviales y soporíferas... Desde que me enteré de ello estoy sumido en un mar de confusiones. Dios mío, ¿será esto el colmo del sibaritismo ó el máximo de la imbecilidad?

Con el primer *smoking-concert* de la estación se ha inaugurado un magnífico edificio conocido por el «Queen's Hall». Tiene capacidad para tres mil personas y ha sido hecho bajo

la dirección de Mr. Knightley; el techo está pintado por M. Carpegat, autor de la decoración del teatro de la Opera de París. Dió el concierto la «Real Sociedad de Aficionados» que tocó con gran maestría, y asistieron á él los Príncipes de Gales y Saxe-Weimar, Duques de Connaught y Fife, el Lord Chancellor y otros muchos.

Para concluir y obedeciendo á la vieja ley de la etiqueta británica diré á los lectores que hayan tenido la admirable paciencia de echarse al cuerpo mis cartas de un año: señores, estoy agradecidísimo por tan señalada deferencia y deseo á ustedes *a very happy Christmas and New Year*.

PUCK

Londres, 10 diciembre de 1893.

ALGO SOBRE LA IMPORTANCIA

DE LAS CARRERAS DE CABALLOS

DEBIDO á una mala interpretación del objeto principal que tienen las carreras de caballos, existe cierta apatía que sirve de origen á que no tomen todo el incremento que fuera de desear en España. ¿Acaso conocen los que las miran con indiferencia el principal papel que éstas desempeñan para el mejoramiento de la cría caballar en nuestro país?

Las carreras de caballos tienden principalmente á que los ganaderos ó criadores presenten sus mejores ejemplares afinados por el cruzamiento con la raza inglesa, demuestren sus fuerzas y agilidad; y para que el propietario encuentre estímulo, es necesario que tengan recompensa sus trabajos. Con este fin se conceden premios de velocidad, resistencia y agilidad. Cualquier inteligente ganadero que presente uno ó varios caballos en el Hipódromo, y vea que éstos no hacen mala figura ¿no le sirve de ensayo para poder apreciar si es que sus caballos adolecen de algún defecto, remediándole y mejorando las condiciones de los productos?

Las experiencias repetidas han enseñado esto en los países avanzados en la cría caballar, en los cuales las pruebas en el Hipódromo han producido resultados tan satisfactorios para el mejoramiento de las razas.

Se exagera el coste que tienen los caballos y yeguas de pura sangre y los gastos que éstos originan; una creencia absurda, hace llegar la exageración hasta decir que cada caballo de carrera necesita un semi-palacio, cuando todo se reduce á una cuadra pequeña, con vidriera ó sin ella, su rastrillera para el heno, pesebre para la paja y cebada, y una corraliza ó patio más ó menos extenso para que salgan y entren á su antojo.

¿Por qué en España no se dedican á criar caballos de pura sangre, siendo este clima tan apropiado para el desarrollo de esta raza?

¿No se han visto y se ven en el Hipódromo de Madrid caballos nacidos en España vencer más de una vez á los caballos importados?

¿No se demuestra con esto que esta raza inglesa puede desarrollarse perfectamente en nuestro país y superar en velocidad y resistencia á su primitiva raza?

Se hace indispensable para obtener buenos





productos que los padres, además de su buen origen, aunque hayan sido vencidos en el *turf*, hayan dado pruebas, cuando menos, de su fuerza, ligereza y resistencia, lo cual no puede conseguirse si no se les somete á las pruebas comparativas en el hipódromo, que son las que descubren las cualidades que deben tener los caballos para ser buenos reproductores.

Los que en las carreras no han sido siempre vencedores, ¿dejan de ser por esto caballos fuertes, vigorosos, ágiles y capaces de desempeñar cumplidamente otra clase de servicios? Los hechos así lo demuestran, puesto que por sus formas son adecuados para la silla y aun para la ostentación.

Es verdad que se necesitan palafreneros, jinetes, terrenos y demás para la doma y preparación de los potros con destino á las carreras; que en este ejercicio se imponen ciertos gastos y están expuestos á desgraciarse, así como no todos los que se doman sirven para este objeto; ¿pero todos estos sacrificios y accidentes, y aun mayores, no hay que hacerlos con los demás potros que se doman para otros servicios?

Conviene desechar esta creencia que constituye un error para algunos ganaderos, los cuales quizá por esto no se dedican á mejorar sus razas por medio del cruzamiento con la pura sangre, convenciéndoles que con sementales de esta clase se afinarían los productos, llegando á obtener el verdadero tipo del caballo inglés de carrera; y esto se consigue eligiendo buenos reproductores que hayan dado repetidas pruebas de su fuerza y agilidad en cuantas ocasiones se hayan presentado, tanto en sus períodos de preparación como más tarde en las luchas del *turf*.

Los árabes reparan mucho en la elección del caballo padre, y dicen á menudo: «Es preciso escoger el caballo y escogerle mucho! porque los productos se parecen siempre más al padre que á la madre; la yegua no es más que un saco del que se saca oro, cuando se mete oro; pero del que sólo se saca cobre, si no se ha metido más que cobre.»

Sin embargo, si la raza se encuentra con la raza, sin duda alguna saldrá oro.

ABDÓN DE SOLAÚN
Profesor veterinario.

PROYECTO DE MONUMENTO Á D. PELAYO

La estatua, cuyo grabado damos en el presente número, tiene toda la magistral factura del notabilísimo escultor, don Justo de Gandarias y ha estado expuesta al público en la Real Academia de San Fernando, donde fué presentada, con nueve obras más acompañadas de sus respectivos

pedestales, por la Diputación provincial de Oviedo, cumpliendo el reglamento de concurso abierto por aquella Corporación para erigir una estatua en Covadonga al rey Don Pelayo.

Al dar á nuestros lectores tan hermosa obra, enviamos la más cumplida enhorabuena al autor, con tanta más oportunidad cuanto que hoy nos recuerda aquella victoria, la lucha pendiente en nuestras posesiones del continente africano.

Representa á D. Pelayo en pie, rindiendo

sabemos si diferencias entre la Diputación de Oviedo y aquel Centro consultivo ó deficiencias del programa, han dejado sin resolver tan brillante concurso.

En la estatua que nos ocupa, son de notar la pureza y perfección de las líneas y la armonía del conjunto que contrastan con el vigor que representa el héroe.

Como todas las suyas, no cabe confusión y lleva como si dijéramos el sello de fábrica que acreditan ser de Gandarias.

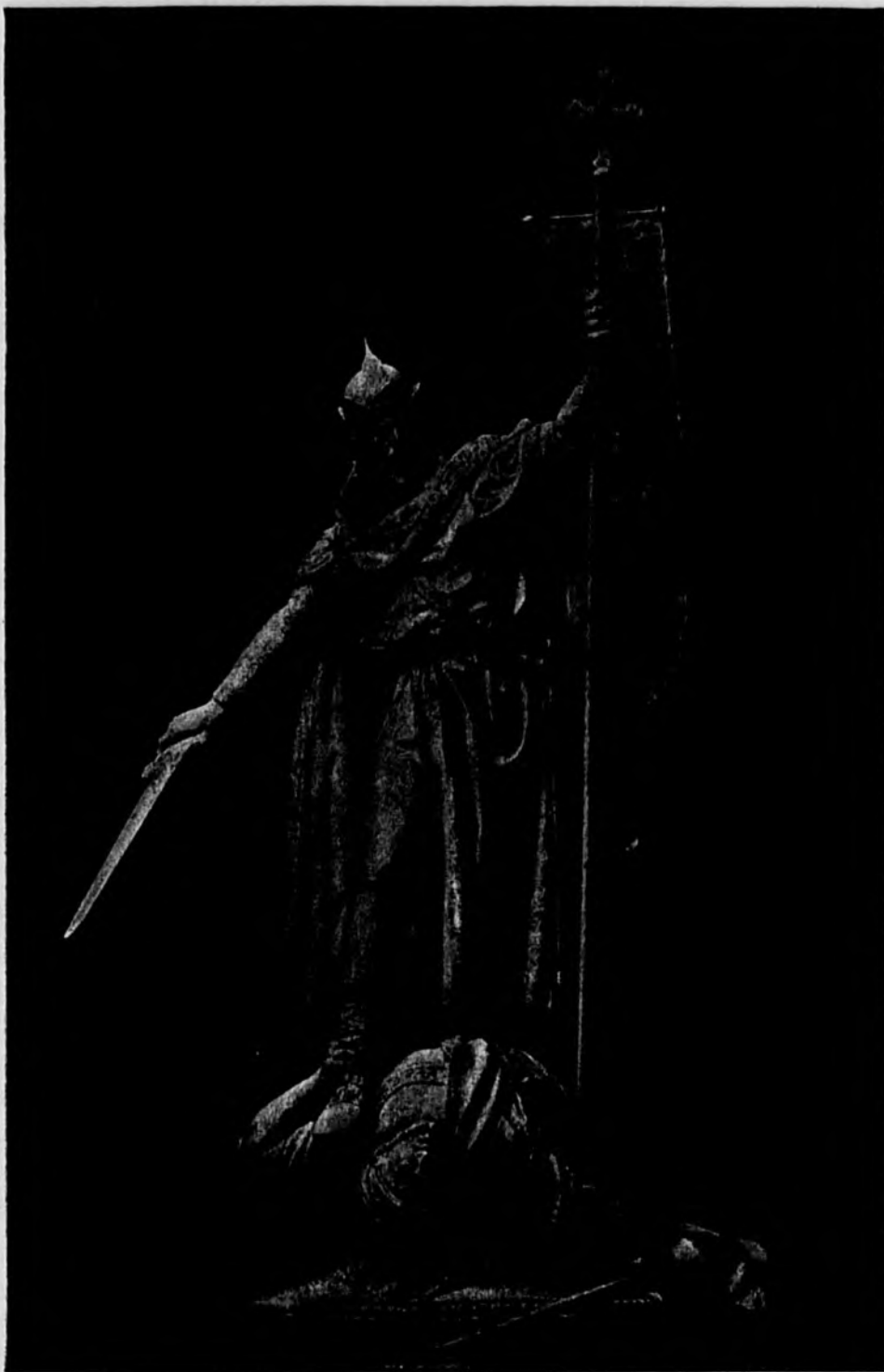
A este fin recordamos la frase de un alto representante de las Bellas Artes á quien todos consideran y respetan, que decía: «Gandarias se ha traído lo bueno de los franceses, dejándoles lo malo.» Y así es en efecto. No podemos menos de reconocer, que nuestros vecinos de allende el Pirineo, después de la época griega, son los que han elevado el arte al mayor grado de esplendor, haciéndose dueños del escultórico; pero no es menos cierto que se observa una tendencia de algún tiempo á esta parte, en que queriendo ser realistas, van creando una nueva escuela degenerada, que resulta grosera. Pues bien; Gandarias, que ejecutó sus primeras obras en Francia, apartándose de esta tendencia, ha conservado intactas todas las bellezas en sus estatuas, de que abunda la escuela francesa.

Balsa de la Vega, en una muy original biografía, ha dicho que Gandarias se desesperaría si la moneda fuese cuadrada, y nada más cierto. Gandarias es arriesgado al proyectar, pródigo al proponer, osado, más que atrevido, al trabajar; pero en cambio es corto, tímido, vergonzoso para pedir. Hombre contra corriente, no se ocupa de las influencias, desprecia el servilismo; no estima el dinero, que sólo posee en raras ocasiones, no porque lo dispendie, ni deje de ser metódico, sino porque el mayor templo que puede levantar, es solicitar el pago

de su trabajo. Si, hombre práctico, trabajase por cobrar lo que más de un particular y algunos centros oficiales le adeudan, Gandarias podría reunir una suma que representa una fortuna para un artista.

Pero Gandarias es el hombre del siglo xv, un Benvenuto Cellini, y ostenta en su bandera invariablemente: «Todo por el Arte y para el Arte.» Envía sus estatuas á las Exposiciones y rara vez le son devueltas; otras veces trabajos cuyos originales llevan su nombre, los ve reproducidos con firmas como la de cierta renombrada fábrica, y no le ha faltado contemplar la venta de sus propias obras, engrosando el bolsillo del usurpador.

Y si alguna se libra de tales accidentes y hazañas, concluye por romperse, como ha sucedido con la que nos ocupa, que fué rota y se encomendó su retoque y compostura á



PROYECTO DE MONUMENTO Á D. PELAYO, EN COVADONGA

á un moro y plantando el pendón católico en el primer trozo de tierra reconquistada. Pisa con gallardía y nobleza al moro vencido y empuña la espada, invitando á la lucha.

El moro, con la expresión propia del agareno humillado, rinde el estandarte del Profeta que antes sujetara su diestra, mientras que con la izquierda pugna por librarse del pie del vencedor.

Conocidas son las obras del Sr. Gandarias, que, aparte sus victorias repetidas en el campo del arte, y sus numerosos premios, le han conquistado tan envidiable reputación, que hacen innecesario el recuerdo de aquellos lauros.

Tanto el público, como artistas y aun individuos de la Real Academia, han reconocido la superioridad de esta obra sobre las demás presentadas; pero á pesar de esto, no





un albañil, sin duda para que éste mejorara sus condiciones artísticas.

En suma: puede decirse que Gandarias lleva consigo dos estrellas; una, la del Genio; otra, la de la Fatalidad.

Volviendo á nuestro punto de partida, diremos que el grupo total, que será de bronce, medirá cinco metros de altura.

Desearnos vivamente ver realizada la feliz y noble iniciativa de la Diputación provincial de Oviedo, admirando, ya fundida, la obra del maestro, y sentimos no poder reproducir el pedestal del monumento, debido al reputado arquitecto Sr. Jalvo.

EDUARDO ALBALADEJO

LA RONDA DEL ZORRO

RELATOS DE CAZA

IV

AQUELLA noche seguimos la ronda por el terreno que más confianza nos inspiraba cuando nos vimos rodeados por una turba de lobos que no dejaban salir á los perros de entre las piernas de los caballos. El sabueso y el podenco temen al lobo, y el alano ni le teme ni le ataca, le es indiferente; pero habiendo lobos no se puede rondar. Mi compañero y yo les acometimos varias veces con los caballos, dando voces y animando á los perros; mas éstos, que les perseguían mientras nosotros les atacábamos, se metían de nuevo entre las caballerías en cuanto volvíamos grupas. Y al poco rato otra vez los lobitos alrededor nuestro. Haciéndolos fuego seguramente les hubiéramos ahuyentado, pero ya he dicho que no llevábamos más armas que los látigos y los cuchillos. Tampoco hubieran pasado á nuestro alrededor con haber tenido en la recova un par de mastines, y fácilmente se hubiera matado alguno, pues alcanzados y acometidos por los mastines les hubieran cargado los podencos y apresado los alanos. Mi compañero había matado así algunos; son casos muy raros, que se dan únicamente llevando mastines en las recovas de ronda, como recomiendo en mis apuntes sobre «Las rondas en Extremadura», publicados en junio de 1887 en «El Campo».

Tuvimos, pues, que retirarnos á dormir, no por temor á los lobos, que jamás acometen á los cazadores sino porque atemorizados los buscas, era ridículo andar hechos unos mochuelos por aquellas manchas y andurriales.

A la siguiente noche hubimos de encaminarnos á terrenos distantes para evitar tan enojosa escolta; y por lo que pudiera acontecer, cargamos al andaluz con un escopetón de un guarda, que más valiera no lo hubiese llevado, porque los dedos se le volvían lobos y siempre andaba avisando y pidiendo permiso para tirar á cualquier bulto, haciéndose preciso recogerle el fusil, para evitar el escándalo que traía ó porque no matara á algún perro ó á uno de nosotros. Rondamos toda la noche sin más lance que el agarre de un tejón, en el cual nos vimos negros para separar los perros, que se habían agarrado unos á otros; y á fuerza de palos y latigazos y amarrando á escape los alanos á las enci-

nas, pudimos evitar la segura muerte de alguno de aquéllos. Yo amarré un fuerte cordel á un tronco, y por la otra punta de la cuerda, que sujetaba un criado, iba pasando alanos por los collares, con lo cual conseguía que un hombre solo sujetase varios de ellos, quedando libres los otros tres para repartir latigazos y apartar los demás perros de la lucha, ya generalizada, sin hacer caso del tejón. Son frecuentes estos barullos en agarres de tejones, gatos monteses y otras alimañas, pues una vez agarrado el bicho por tres ó cuatro perros, los que después van llegando no encuentran ya donde morder, y agarran al primer compañero que se les viene á los dientes.

Deshecho este lío, que aquello fué un verdadero lío y gordo, proseguimos la ronda, imitando en todo las costumbres del hombre de la edad de piedra, porque yo entiendo que el hombre primitivo armado con un cuchillo de pedernal, empezó cazando en ronda, que es por todos estilos la caza más salvaje que conozco: andar á obscuras como lobos, matar á tientas, correr á caballo en noches como boca de perro de Terranova, ignorar el sitio que se pisa, exponiéndose á estrellarse.. vamos, es la atrocidad mayor que conozco; es preciso no estar bien con los propios huesos, ó salir de casa confiado en que nos ha de pasar lo que á los niños, que cuando caen, Dios les pone la mano debajo para que no se lastimen.

Serían las dos de la madrugada, hora en que íbamos terminando la ronda por el lado de la mancha de «La Grana», propiedad de D. German Petit, cuando allá á lo lejos oímos en un rastrojo la voz de un perro, que dudábamos si pertenecía á nuestra recova; pero al ver salir como balas á la llamada los alanos y algunos otros de los lastimados en el agarre del tejón, comprendimos desde luego que era el perro «Lucero» que me había regalado D. Juan Gragera. Como la llamada fué á tan larga distancia, salimos al trote, parándonos alguna vez á escuchar, y continuando veloces la marcha, hasta que llegamos á lo alto de un cerro. Todos los perros estaban ya dentro de la mancha de «La Grana» capeando una partida de jabalinas; ¡qué rato aquel tan delicioso para el aficionado, oyendo en la sublime soledad de la noche el *jai... jai...* de los podencos chicos y el *guau... guau...* de los grandes y sabuesos, y el rugir de los alanos en la espesura, porque no llegaban tan pronto como aquéllos llegaron! Un momento de parada y sobrevino el agarre. Ya era casi de día: el alba despuntaba, y á su luz seguimos galopando por el monte. ¡Dios mío! lo mismo fué meter en él nuestros caballos, que quedarnos á obscuras: no he visto jamás monte tan alto, ni barrancos tan profundos: aquello eran pozos cubiertos de maleza. Mi pobre cordobés rompía con gran dificultad aquel tejido de jaras de cien años entrelazadas con monte quemado, y á los perros les fué pesado atravesar aquel foscal que yo desconocía. Desde que entré en el monte no ví las pálidas estrellas de la madrugada. Cuando en fuerza de dificultades llegué al agarre, ya estaba allí mi ami-

go matando una jabalina, que chillaba más que diez juntas. Parecióme entonces oír ladrar de parado á otro, y efectivamente, un perro llamaba á 600 pasos con otra cochina. Separé de la res muerta mi buena alana «Pantera» y enganchándola por el collar con mi látigo me dirigí al nuevo sitio de llamada. Al llegar á unos 200 pasos de distancia, la alana oyó llamar al busca y trató de acudir; pero yo la sujeté un poco para encenderla, hasta que observando que estaba enardecida y tiraba en firme, le solté la punta del látigo y partió al agarre á la carrera. No había transcurrido un minuto cuando me pareció oír chillar la jabalina como en lo profundo de un pozo. Y era que la alana la había agarrado en el fondo de un barranco, al que había que bajar por un regatón de pendiente tan rápida, que no me atreví á hacerlo montado. Allá abajo seguían los gruñidos de la jabalina y el remorder de los perros, por lo que eché pie á tierra, até el caballo para evitar que siguiéndome me atropellara en aquella vertiente y después de muchas dificultades y romper monte, me encontré con que en el fondo del barranco había un profundo canalizo, teatro de aquella lucha venatoria; en él me introduje cuchillo en mano y casi á tientas, no encontrando más que matas y perros que se atropellaban en tan reducido espacio. Dí por fin con una pata de la jabalina; pero estaba tan cubierta de perros que habían acudido, que me era difícil introducir el cuchillo sin matar alguno. Vacilaba sobre la resolución que debía tomar, cuando oí en lo alto al andaluz, á quien llamé para darle el cuchillo, que tomó tentándome con cuidado la cabeza, luego el brazo, y por fin la mano, pues yo no podía envainarle por tener cogida la pata del animal, ni quería dejarle en el suelo por temor á perderlo ó á que se lo clavara alguno de nosotros. Ya libre del engorro, cogí la otra pata del bicho, y tirando de él como de una carretilla de mano, arrastré cochina y perros (todos revueltos) fuera del canalizo, donde cayó muerta antes de darme el placer de hundirle el arma. Sin duda la habíamos roto alguna víscera al tirar yo de las patas, y de las orejas los perros.

Con gran trabajo subimos la cochina á lo alto del barranco, donde estaban ya todos los cazadores y cargamos la pieza en el mulo que montaba el criado de mi amigo; pero yo no sé que diablos se le antojó al animal que le habían echado encima, que armó una de resoplidos, saltos, coces, y carreras, que se hundía el monte. Derribó jinete, cochina y alforjas, y hasta tiró su propio pelo.

El buen perrero andaluz, después de recibir una cox regular, botaba más que el mulo; yo tuve que echarme á rodar barranco abajo para prevenir mayores males; mi amigo que estaba á caballo, pudo huir del estallido, y su criado apelaba á toda la corte celestial contra la aparición del cura, á quien culpaba de haberle *mancado* el mulo una pierna. Y no paró aquí el estropicio, sino que viendo los perros que huía el mulo como un ciervo, cargaron sobre él, y estuvo expuesto á ser agarrado, ó por lo menos mordido, lo que pudimos evitar corriendo en dirección contraria,





dando voces y disparando la escopeta para llamar la atención de la recova.

Yo creo que los alanos no lo hubieran podido agarrar, porque he corrido algunos mulos y mulas y jamás las recovas lo consiguieron, pero sí hubiera sido muy mordido por los buscas.

Ya fuera del monte, ambos criados nos rogaron con mucha solicitud y congoja, que desistieramos de rondar, porque de lo contrario, quedaría alguno de nosotros en la estacada después de aquellas extrañas apariciones con que la Providencia había querido anunciar los peligros que íbamos sufriendo.

Dímosles por el gusto, y tras noche tan accidentada y fatigosa, nos encajamos desde «La Grana» á dormir en la Puebla de Obando, distantes unas tres leguas del cazadero, molidos de sueño y de cansancio. Lo cual no fué excusa para que el dueño de la casa donde nos alojamos, un político de la localidad, dejase de referirnos, con riqueza de detalles y acotaciones el estado de la cosa pública en el Zángano, reducida á cuentos y cuentas de consumos, fondos municipales, recaudadores de apremio y sinnúmero de *iderles* por el estilo, que continuó escuchando con paciencia mi amigo, mientras yo dormía vestido, con espuelas y cuchillo al cinto en una pomposa cama de tres pisos, con cincuenta melones colgados sobre mí, en el techo de la alcoba. Por la tarde rompimos ronda: mi amigo se despidió para su pueblo, bien sobado, lavado y dulcificado y yo vine á Badajoz, sin que en el camino me ocurriese ningún percance, con verdadero asombro del perrero que suponía que por *mor del zorro* debía ocurrirnos algo todavía más serio antes de llegar á casa.

Como le ocurrió al infeliz poco tiempo después, precisamente en la dehesa de Sagraja y sitio donde insistía en tales simplezas.

Y fué que habiéndoselo cedido á mi amigo D. Pedro Castillo para que educara un tronco, le envió un día á conducir desde «Sagraja» unas vacas á La Roca acompañado de un muchacho; el andaluz iba montado en una jaca, y como era revoltoso á caballo, salió á escape por una barrera arriba, y al bajar el muchacho por el lado opuesto, le halló sin sentido y vió el caballo escapado por el campo. Al día siguiente moría en Badajoz sin articular palabra y sin que supiéramos el por qué de aquella corrida.

Así perdí el mejor perrero que he tenido en catorce años que llevo de rondas y monterías; un mozo valiente, buen jinete, notable aficionado, pero supersticioso y hablador hasta volver loco al más cuerdo. El pobre había salvado de segura muerte á dos compañeros suyos que se ahogaban, arrojándose á un torrente, un día que íbamos de montería, y á él nadie le pudo salvar en aquella vertiginosa carrera que le condujo á la muerte.

Es natural y piadoso que termine este relato de la *ronda del zorro* hablando del más desgraciado de sus protagonistas.

El buen cura cazador le habrá pagado en oraciones las demasías con que le recibió el pobre Antonio el perrero.

A. COVARSI

LULÚ

I

LA luz que rielaba en los cristales del Madrid durmiente, era sucia y pálida, con la palidez mortecina de esas mañanas otoñales en las que aparecen pintados de un solo color, cielo, piso, atmósfera y árboles, desnudos ya del verde follaje.

Al despertar todo Madrid en aquella triste mañana, resistió á levantarse, por ese secreto instinto de perezosa dejadez que ata el cuerpo con extrañas y suaves ligaduras, cuando al contemplar los cristales empañados por el frío, se comprende, que no fueron de rosa sino opacos y fúnebres, los dedos misteriosos que tiraron del manto de la noche.

Lulú, que apenas había dormido, se despertó en la cama y mojó una sopita en el humeante chocolate.

—No quiero más... llévateelo...

Y una mozueta morena tomó la bandeja y desapareció por una puerta que á los pies de la cama había.

Así que Lulú vió la cortina caer, saltó de la cama, y con los pies desnudos corrió al balcón.

Un momento estuvo contemplando la lenta y menuda lluvia, sólo perceptible en algún fondo oscuro.

—¡Esta es mi mañanita! —repitió, palmo-teando, mientras volvía transida de frío á arrebujarse en la sábana.

Apretó el botón de un timbre y mandó encender la chimenea.

Era espaciosa aquella estancia para alcoba, aunque pequeña para sala.

Bien amueblada y coquetona, guardaba los encantos que en las cosas pone una mano artista. Descubríase en la colocación de los revueltos retratos clavados en las paredes, y en la confusión de muebles y chirimbolos, algo especial y *sui generis*; cierto cuidado desorden que, convidando á mirarlos, recreaba el ánimo menos dispuesto. El amarillo en la cama, en los armarios espejos, en unos estantitos repletos de libros, y en las sillas, y el azul en las cortinas, las paredes, y la aterciopelada alfombra, surcada por lindos florones ocres, eran algo que dominando, á manera del compás en la música, aquel abigarrado conjunto, dejaba suavemente adivinar ese *quid divinum* que recoge y enlaza las más extrañas y discordes notas, y sólo es propiedad de aquellas mujeres que se curan del ambiente que les rodea. Por eso resultaba nota perdida y disonante en aquella armonía superior, un caballete seco y desnudo en el que había puesto un barroco marco de ébano con una corona ducal de la misma madera, y en él, un muy serio retrato de mujer ya entrada en la edad de desengaños; sus facciones eran nobles, y su porte distinguido, sellado con el aristocrático que —y como si no fuera suficiente—la abierta corona recordaba. Hacía *pendant* con otro pintado y de moderna moldura dorada, cubierta airoosamente á trechos por un bordado chal, cuyos flecos rizados perdíanse en el suelo, después de acariciar la cabecera de un sofá azul.

—Deja la bata... Si pregunta papá, que tengo jaqueca; almorzaré aquí.

Vistióse negligentemente, pasó el pestillo á la puerta y quedó contenta de encontrarse sola.

Aun sonaba en sus oídos el vals del cotillón. No había podido dormir á gusto, porque no tenía costumbre de acostarse tan de madrugada. ¡Y qué atmósfera de admiración había levantado en el baile! Aunque ella no se hubiese percatado, se lo hizo notar Arellano, poco amigo de mundanales lisonjas... pero había aún más y es que Pepito no le había dicho nada... era, pues, cierto, ¡dió golpe!

—¡Pero qué...! —murmuró como contrariada y sentándose— me voy á regalar ahora con dulces recuerdos...

No se levantó para eso; para estar más despejada, ver más claro y resolver un problemita; sí, un *problemazo*; el de su vida, el de su futura existencia. A veces le repugnaba pensar en cosas del corazón; pero luego al rehacerse, sintiéndose inteligente y fuerte, comprendía todo el alcance de su entendida mirada—puesta en juego, capaz de rendir lo inexpugnable—que le denunciaba el espejo, con alientos, que eran ella misma.

Primero encauzar el corazón, y luego querer: mucho, sí, mucho; toda una vida; fundirse al calor de un solo cariño.

Y es que tenía innato pero ya brotaba hasta en sus ojos el sentimiento gracioso y dulce de la maternidad. Ella bordó vestiditos á las muñecas de sus amigas, después de terminado el rico ajuar de las suyas; no dejó hasta muy tarde de jugar con ellas, y aun ya mocita las vestía y guardaba lindamente. Ahora se le iban los ojos detrás de los muñecos vivos; gozaba besando á los pequeñuelos sin explicarse la afición que les tenía; defendíalos si se les castigaba alguna impertinencia, y cuando eran hermosos y los veía en la calle ó en los paseos, ya en brazos de las nodrizas, ya rapazuelos juguetones, dándole al aro ó á la pelota, no pudiendo besarlos y tocarlos, les enviaba mil ternuras con sus ojos acariciadores.

Y por esto pensaba... ¡y mucho! Ella quería tener niños, jugar con ellos, vestirlos, lavotearlos y mandarlos; eso sí, no harían más que lo que ella les mandase... ¡También sabría darles azotes...!

Se casaría; así lo tenía pensado.

Junto á la silla donde estaba sentada, cayó, formando mil graciosos pliegues, la falda de blanco fular con botoncitos de oro que había llevado en el baile de Pergola.—¿Se iba á estropear, se levantaría á cogerla...? —y la miraba, como la dama de sus pensamientos hubiera contemplado el trofeo del paladín vencedor; con esa ternura y esa graciosa piedad... y no se levantaba á recogerla, como esperando verle ascender, ella sola, hasta ponerse en la percha donde aún oscilaba el corpiño.—¡En verdad que debía estar guapa con aquel sencillo traje y con los brazos y espaldas desnudos!—pensó, mientras un subido y regalado deleite teñía sus mejillas.—Pero... ¿se cansarían de verle...? No tenía más vestidos de baile...





Aun percibía en sus oídos—y como en eco—entre el murmurio de conversaciones distintas y alegres cuchicheos, mil halagüeños decires. Tenía conciencia acabada de haber cumplido bien, estaba contenta de sí; y sintiendo esa amplia satisfacción de haber agrado, llegó á personificar, con rica imagen, aquella noche—en una gran síntesis, todas las miradas y los contenidos avances—en un muchachuelo de rubias guedejas que con faz ruborosa y mirar incierto, le decía: —«Me gustas, pero no me atrevo á pensar si seré bien recibido; esperaré, que me complazco en quererte sin que tú lo sepas».

Y era cierto.

Después de un ligero sopor, brillaron sus ojos, y se mordió los labios.—¡Esto ya le hastiaba á ella!—Ansiaba franquezas, ciego cariño, algo, sí, algo que le negaba la sociedad en que había nacido. El afectuoso mohín con que saludaba á gentes que le eran antipáticas, llenábale de desventura, le colmaba de desconsuelo y le hartaba de desgracia. Pero no sintiéndose bastante fuerte para mantener sus sentimientos, venía á parar en el pensamiento matriz de aquellas lucubraciones. *Necesitaba casarse.*—Y es que cuando preocupa una idea todos los caminos son de perlas para llegar hasta ella.

Y para eso se había levantado.

Cuando su imaginación le traía á Arellano, algo interior saltando con viveza ponía otro nombre, *El Marquesito de Cievas*.

¡Ah, no! ella se casaría con quien quisiese de verdad. Su padre se lo había dicho... pero ¿iba á olvidar el consejo de su abuelita? ¡Nunca!

—¡Para siempre!—gritaba la conciencia avasalladora, y sentía miedo, mucho miedo; y al torturarse con la desconfianza de sí misma, cogióse la linda cabecita, metiendo sus afilados dedos de rosa en aquellos bucles, que ahuecó y arremolinó, dejando más artístico peinado que llevara nunca.

—¡Arellano! sí; ¡Arellano!

¡Cómo lo destacaba su imaginación femenil escudriñando en su vida! ¡Tenían un encanto sus misteriosas pupilas! ¡Había en ellas algo contenido y oculto, capaz de brotar á la menor excitación; quizás un poema de amor peregrino y desconocido! Pero...

Como si fuerza irresistible la impulsara, se puso en pie, y después de colgar la falda—que no se había levantado sola—volvióse al espejo, atusó pacíficamente sus rizos, y se sentó en aquel silloncito azul que acariciaba el fleco del bordado chal.

La melancólica luz de la mañana, así brillaba, con reflejo triste en el cristal del fúnebre retrato, como destañía los colores de las telas de los muebles y de las cintas, bandas y lazos, éstos bordados de cascabeles, aquellas de vivos tonos que colgaban de un boliche de la estantería próxima, recordando el cotillón bailado.

Lulú, las contempló un momento con alegre sonrisa.—¡Había muchas!—y después de mirar fijamente el retrato que se alzaba regio en su caballete, bajó las pupilas, hasta un florón que, en la alfombra, dibujado, por

bajo de una mesita con recado de escribir se perdía, y con blando mirar, las paró allí, mientras daban gusto á sus nerviosos dedos, los encajes y cintas de su planchada bata.

ALVARO CARVAJAL

(Continuara).

CARTA DE PARIS

El atentado de la Cámara.—Hasta qué punto se lleva la indiferencia.—Velódromos de invierno.—Revista teatral.

BAJO la impresión de un nuevo atentado anarquista escribo esta correspondencia, impresión que no sería muy grande si hubiera de equipararla á la que ha producido en París.

Está visto que nos hemos acostumbrado á vivir sobre un volcán y que esta clase de accidentes que al principio eran considerados con terror han pasado á formar parte de nuestra existencia ordinaria.

El haberse producido el atentado en la Cámara y el no haber producido muerte alguna han quitado mucho interés al acto criminal.

No ha faltado quien haya dicho y hasta cierto punto con razón, que los padres de la patria se lo tenían merecido por la indiferencia que han demostrado en votar leyes especiales que pongan un término á dicha clase de delitos y que ahora se darán más prisa en defendernos; pero si esto han dicho algunos, la mayoría de las gentes se han contentado con leer los periódicos con avidez y continuar su vida de siempre, pues el egoísmo está llevado hasta tal extremo de que ya nadie se conmueve, á menos de que no sea una persona muy cercana la víctima, ó que sus intereses padezcan por efecto de estos actos vandálicos.

Como prueba de lo que acabo de decir citaré el siguiente caso que da una idea de lo que es esta sociedad moderna tan decantada. En la noche del día en que tuvo lugar la explosión en la Cámara se estrenaba un bailable-pantomima en el café concierto *Folies Bergeres* desempeñando el principal papel una horizontal muy conocida.

El director de dicho sitio de recreo como los de todos los demás, creyeron que el criminal atentado sería causa de una disminución en la entrada; pero cuál no sería su sorpresa, sobre todo de el de *Folies Bergeres*, al ver un lleno como nunca hubiera pensado y que ese público se componía en su mayoría de lo más selecto de la sociedad parisién.

El contemplar á la famosa horizontal en diferentes trajes que no tienen de los mismos más que el nombre, pudo más sobre aquel público que el miedo y la indignación. Verdad es que había gran curiosidad en conocer las formas de aquella artista de nuevo género, protegida de una gran dama.

¡Qué pensar de una sociedad que se entrega á placeres semejantes en el mismo día en que más de ochenta personas habían sido víctimas de un criminal atentado!

Está visto que la civilización morirá por la civilización, y en medio de todo creo que no debemos quejarnos, pues se necesita de remedios radicales para barrer tanto cieno como se ha ido acumulando.

Del autor del delito no me ocuparé, pues la *reclame* que se hace á esos individuos en los periódicos, contando hasta los menores detalles de su vida, creo que contribuyen á que tengan más de un imitador.

Pasando á cosas más alegres diré que los velódromos cubiertos ó de invierno, han pasado de proyecto á realidad, y que este invierno contamos ya con dos, uno situado en el Hall de la Sociedad la *Universelle* bajo la dirección del famoso velocipedista Terront, y otro en el Palacio de Bellas artes del Campo de Marte. El primero no tiene más defecto que el de ser un poco pequeño, pues la pista no cuenta más de 120 metros de larga, lo que impedirá dar grandes carreras de sensación, pero en cambio se presta admirablemente á ejercicios de agilidad y para lecciones.

Entre los diferentes espectáculos que hasta ahora se han dado en dicho velódromo, uno ha consistido en un *match* entre el propietario Terront y su perro Athos, que fué ganado por el primero como era de esperar.

El velódromo del Palacio de las artes liberales no es un juguete como el de Terront, pues la pista mide 111 metros, lo que no impide que las vueltas sean algo rápidas y por lo tanto peligrosas.

Las carreras que hasta ahora se han celebrado se han compuesto de Handicaps de 1.000 metros, Match de 2.000 y carreras de una hora de duración para *bicicletas-tandems* que son las que más entusiasman al público.

La serie de estrenos teatrales continúa; pero sin que por eso se pueda decir que el arte dramático renazca, pues si renacer debiera no se echaría mano á argumentos de los que sobre todo se espera el escándalo, por lo cercanos que están los sucesos, como le ha sucedido á Lemaitre con su obra *Les Neis*, ó se confiaría el éxito á los ejercicios de acrobacia real como en los *Gigolettes* de Meilhac. *Les Neis* obra estrenada en la Renaissance, con toda la *reclame* que la gran Sarah acostumbra, ha sido un fiasco tonto para el autor, que no ha sabido dar vida al sombrío drama en que pereció el heredero de Austria, como para la gran trágica que ya sólo esta buena para sus correrías á través del Nuevo mundo.

Los *Gigolettes* que se siguen dando en el Palais Royal, es de lo peorcito que ha salido de la pluma de Meilhac, el que indudablemente ha confiado todo el éxito á los preciosos y elegantes bajos que que enseña Berta Lesny, al descolgarse desde un entresuelo huyendo de su marido.

New Prince, opereta de Audran, que se está representando en el teatro de Nouveautés, es de lo mejor que se ha hecho en este género desde la famosa Miss Helyet. El argumento tiene gracia, por más de que nos hablan de un rey de Andalucía y de un príncipe heredero del mismo, que tiene gran parecido con el Almagro de *Las nocas del Figaro*, obra en la que han parecido inspirarse los autores. La música, que viene á ser un popurri de todo lo que lleva escrito Audran, resulta agradable y entretenida.

De la obra de Sófocles, *Suligene* que parece asegurar una buena serie de entradas á la

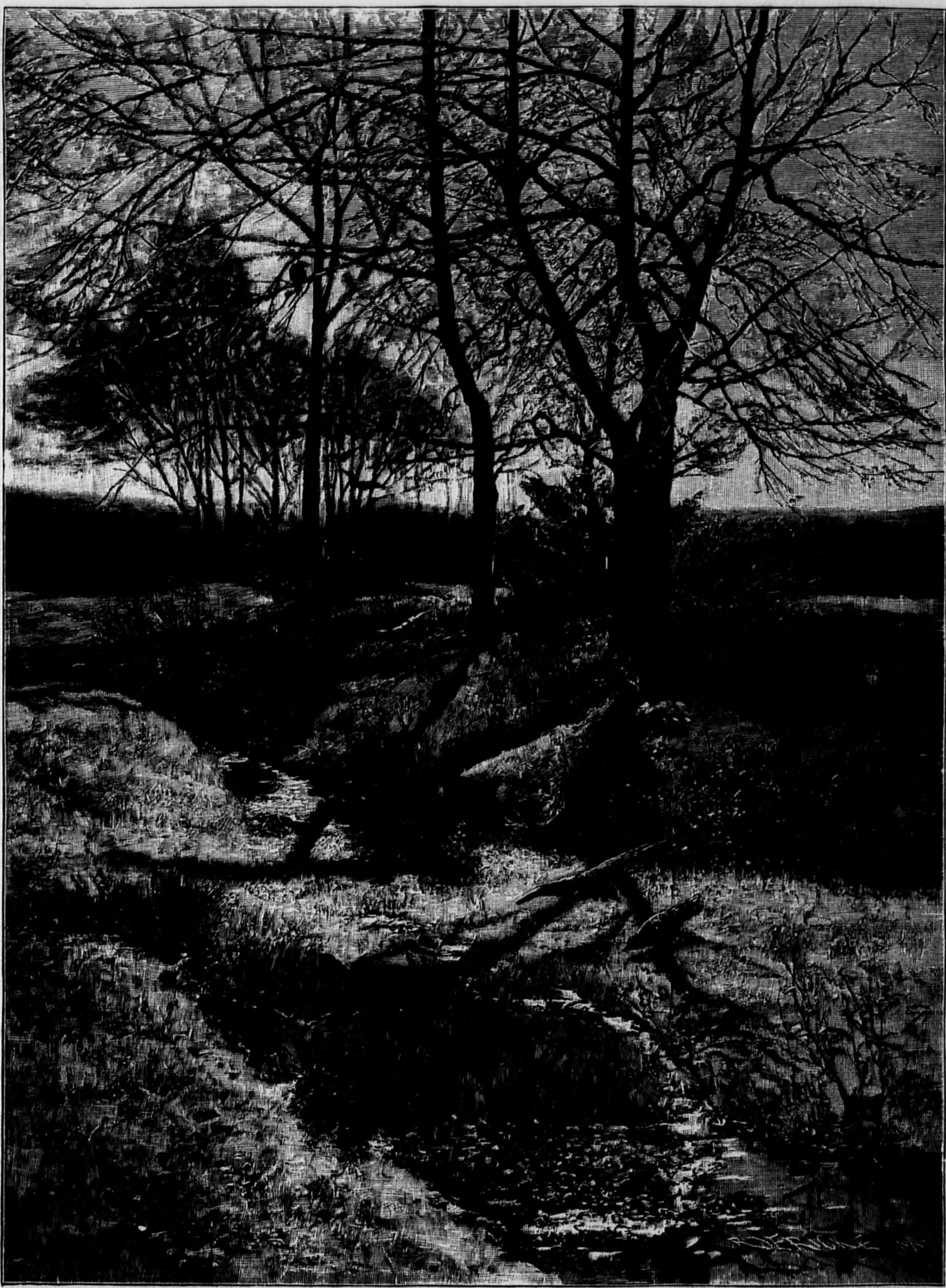




DE MAÑANA



MARISCANDO



TARDE DE INVIERNO



comedia Francesa, es demasiado conocida para que me permita hacer su crítica; baste decir que la ejecución es perfecta, pero que no encuentro los coros apropiados para esa clase de teatro.

Por hoy terminaré esta revista ocupándome del *Ataque du Menlin*, drama lírico en cuatro actos, según Zola poema de Gallet y música de Bueneau.

La letra de este interesante drama lírico está tomada de una novelita que vió la luz hace doce años, y es verdaderamente sensible que el autor de la música demasiado imitador de Wagner, no se haya puesto á la altura de la acción dramática.

En pocas palabras, muchas obras de *succès d'estime*, como por aquí se dice, pero nada que se transmitirá á la posteridad.

NEDDY

Paris, diciembre 93.

CHIFLADURAS GIMNÁSTICAS (1)

CON BUEN JACO, BIEN SE CORRE

TEOLINDO Hermoso era el rey del *skate*, como dicen los españoles sin amor propio, y sin recordar que los extranjeros traducen á sus idiomas respectivos el tecnicismo de nuestros bailes y de nuestras corridas de toros.

Teolindo, patinando y moviendo elegantemente las campanas de sus pantalones, era una figura interesante para las ancianas no convencidas.

El hábil patinador pidió al Gobierno que se entarimase ó se tendiese de asfalto la carretera de Madrid á Aranjuez, y publicó un folleto con título de «El patín en la civilización ó la inteligencia de los pies».

Teolindo soñaba despierto; y una vez, que también soñó dormido, vióse caminando al otro mundo por un río helado. Llamó á la puerta del infierno, salió á abrirle un demonio rojo con cuernos y rabo, y cuando supo que Teolindo pedía permiso para lucir sus habilidades, le dijo:

—Retírese, hermano; ahora estamos entretenidos con otro sport. Hace dos horas que empezó la corrida, y ya han muerto cinco toros, cuarenta caballos y tres toreros.

Teolindo siguió su camino; llegó al Limbo, y allí le dijo un litigante:

—Ahora no puede ser; estamos preocupados con un partido de pelota. Se ha dado el momio por los azules y están á 19 por 25. Han ganado tres tantos seguidos, y perdona usted, pero voy á cubrirme.

Teolindo llegó al cielo; abrió San Pedro las puertas del paraíso, y, cuando supo que el visitante se ganaba el pan con el sudor de sus pies, dijo:

—¡Bah! lo mismo importa. Deme usted ese calzado y espere usted aquí.

Volvió San Pedro y condujo á Teolindo ante la Corte Celestial, que contemplaba con curiosidad los patines.

—¡Qué carros tan bonitos! —dijo un ángel.

—Y ¿quién tira de ellos? —preguntó Dios.

—Servidor—contestó Teolindo.

Y repuso San Pedro:

—Ya no me extraña que caminen tan deprisa, porque con buen jaco, bien se corre.

Sintióse ofendido Teolindo Hermoso y... se despertó... para seguir soñando despierto hasta que se partió en una caída la columna vertebral.

SILVERIO LANZA

(Forma parte de un libro).

CULTIVO DE LOS ROSALES

EL género *Rosa*, que ocupa tan preferente puesto en los jardines, ha producido, por cruzamientos, tal cantidad de variedades que hoy es casi imposible indicar qué especies las han producido, siendo bastante arbitraria y confusa la clasificación hortícola que existe para la nomenclatura de tantas como se cultivan, de mayor ó menor mérito.

El rosal se desarrolla bien en todos los terrenos, pero prospera mejor en las tierras profundas y frescas, en las de labor bien abonadas, y si se desea hacer un esmerado cultivo, debe abonarse el terreno con mantillo de ganado vacuno y cultivarlos separados de otros arbustos, para disponerlos á una buena florecencia anual. Una exposición ventilada y espacio suficiente entre cada planta, para su mejor desarrollo, son condiciones indispensables.

La operación de mayor importancia que tiene este cultivo es, sin duda ninguna, la poda, y que pocas veces se practica en las debidas condiciones, aunque sea hecha por personas conocedoras de otros cultivos, pues si han de producirse flores perfectas y que sean duraderos los rosales, tiene que ser ésta en consonancia con la vegetación de cada variedad, y no tener en cuenta el deseo de producir muchas flores. La madera vieja se rebaja todos los años sobre un ramo joven que se corta sobre el número proporcionado de yemas en razón de la cantidad de rosas que se desea obtener. Los de especies delicadas se pierden muchos, faltos de oportunidad en la poda de invierno ó primavera; no hay nada más perjudicial que podarlos cuando el brote se ha iniciado, en particular los injertados en vara alta, lo que sucede con frecuencia; cada variedad tiene su manera de vegetar y florecer, según que sea bífero, solamente de una floración anual, ó de varias florecencias.

Cada yema bien formada debe producir un ramo más ó menos florífero; el jardinero, que ante todo debe conocer con exactitud el temperamento de los rosales comprendidos en la colección que cultiva, regula la poda clasificándolos en las condiciones de vigorosos, medianamente vigorosos y endebles ó de escasa vegetación, y deja en cada rama una, dos ó tres yemas que serán otros tantos ramos, siendo de advertir que estas reglas no son absolutas para toda la vida de los rosales injertos en *escaramujo*, pues á medida que avanzan los ejemplares en edad, es necesario operar con más cuidado para sostener, renovar y alargar la vida del arbusto, de suyo corta y sujeta á contingencias.

En cuanto á la conservación y formación de una bonita copa, es sumamente fácil, teniendo en cuenta en la poda el sitio que ocu-

pan las yemas. Estas yemas que se conservan, producen ramos, que á medida que se alargan forman siempre un ángulo muy abierto, lo más frecuente derecho con la rama que le produce, de forma que cuando se desea llenar un vacío en la armadura ó copa en la parte interior, no hay más que cortar sobre una yema que mire hacia adentro y si hace falta, por el contrario, para la armonía de la forma, una rama exterior, se corta sobre una yema que mire hacia afuera, y por tanto, se conocerá con antelación qué sitio ocuparán los ramos cuyo nacimiento provoca; que es necesario que un ramo adquiera mucho vigor, pues en este caso suprime las yemas situadas debajo del que ha de conservar en el momento en que éste principia á desarrollarse. Esta es la razón por la que muchas veces se poda fuera de tiempo; para evitar errores, á los que pudiera dar lugar la dirección mal calculada de los ramos que muchos rosales en que las yemas son poco aparentes, no se podan sino en primavera y cuando la vegetación se halle bastante adelantada y pueda distinguirse en qué sentido se han de alargar los brotes nacidos de cada yema que se conserve para completar y mantener la regularidad de la copa de estos arbustos.

Los rosales injertos sobre escaramujo deben plantarse en un terreno más bien fuerte que ligero; los del grupo perteneciente á la India ó de olor de té y criados en mata ó arbusto, y en particular los criados en tiestos, deben tener una tierra bien organizada de jardín con una buena proporción de tierra de brezo mezclada, no reclaman apenas cuidados ulteriores; los riegos moderados, y si no fuere posible desplantarlos anualmente, se debe cada dos ó tres años renovar la tierra, así como los plantados en macizos, praderas, etc., etc.

Los injertados sobre escaramujo no tienen una larga vida, y esto es debido á la gran diferencia de vegetación del patrón con la de los injertos que llevan: el escaramujo produce naturalmente ramos muy elevados y derechos que viven mucho tiempo, y con tanto vigor, que dan lugar á ramos secundarios, y esta facultad se hace más necesaria en el momento que se limita por el injerto el desarrollo del tallo central.

El número de renuevos que constantemente salen de la cepa, á pesar de un escrupuloso cuidado en limpiarlos, debilita el injerto ó copa; con esta producción cesa de crecer y termina por perecer. Se aconseja, para que sean más duraderos, desplantarlos cada tres años, en el mes de febrero y antes del desarrollo de la vegetación. Se recortan con cuidado todas las raíces sanas y se limpian las dañadas ó muertas, sometiendo la copa al mismo tiempo á una poda severa para provocar una brotación activa; se renueva y se abonan con un buen mantillo consumido, cuidando que la operación sea hecha rápidamente para que las raíces se hallen expuestas al aire el menor tiempo posible. Este es un medio de que se valen los jardineros para prolongar la vida de los rosales de alta copa. Este método de rejuvenecer los rosales no es aplicable á los francos de pie, ó sea sin injertar, procedentes

(1) Véase el número 21, pág. 325.





de estaquillas; éstos se renuevan ellos mismos por medio de brotes anuales que permiten suprimir los ramos antiguos.

También acontece que rosales injertos, sanos y fuertes en apariencia, no florezcan ó produzcan muy escasamente; en este caso se debe desplantarlos un poco antes de entrar en vegetación y cambiarlos de terreno en la nueva plantación, lo que es suficiente para florecer; los resultados son más ciertos á medida que el cambio es más distante del sitio que ocupaban anteriormente.

Todas las variedades no resisten igualmente los fríos rigurosos; los Tés, Borbón y otros, se hielan fácilmente; para preservarlos se rodean sus tallos de paja, hojas secas ú otra cubierta análoga, no siendo solamente la helada, sino las escarchas, lo que les perjudica.

La plantación se efectúa desde el mes de octubre hasta las fuertes heladas de diciembre, en que se puede suspender para hacerlas nuevamente desde mediados de enero á últimos de marzo, según el adelanto de la vegetación del año.

Los riegos han de subordinarse á la estación, y todos los rosales deben tener su pequeño alcorque para recibir mejor el agua, y al ser posible, cubierto el pie con basuras enterizas para conservar mejor la humedad. Nada de peor efecto en una buena colección de rosales que verlos en la época de la floración con las flores secas, hojas y cálices pasados; hay necesidad de repasarlos con frecuencia y limpiarlos de todo lo que produzca mala vista.

Algunas series de rosales, como los castellanos, de cien hojas y otros, que por lo regular se cultivan en cordones y en los que no se pretende otra cosa que una abundante floración, la poda se halla reducida á la limpieza de los ramos y tallos secos y recortarlos por igual á una altura conveniente.

En cuanto á su multiplicación, el aficionado puede hacerla por medio del esqueje ó estaquillas, que se plantan en otoño, en una tierra substanciosa y bien preparada y generalmente al aire libre, eligiendo buenos brotes del año, en particular los que hayan florecido, y su longitud subordinada á la cantidad de ramos de que se disponga, siendo suficiente queden enterradas dos yemas solamente, y otras dos fuera, para producir el brote, pudiendo hacerse también, y es la más general, de cinco ó seis yemas y cortadas todas ellas por debajo de un nudo ó yema cuya altura puesta en contacto con la tierra forma reborde y produce las raíces en poco tiempo, siendo los rosales obtenidos por este procedimiento muy pronto en florecer.

FERMÍN PINTADO
(Horticultor).

Nuestros grabados.

FLORISTA

Dicen, los que lo saben, que Hamburgo, como población que albergue inmoralidades, da quince y raya á la que más. Allí hay floristas que esconden en el bouquet perfumada tarjeta, y, en ella, l'adresse de una galantería ofrecida entre flores...

Pero, ésta, es ya, la perversión de la idea... Por eso

el artista, que quiso idealizar el tipo, le ha vestido con sencilleces campesinas y le ha colocado en el ambiente puro del campo, donde todas las flores resisten más tiempo que en los aires envenenados de la ciudad.

DE MAÑANA

El cuadro que ofrecemos á los lectores, en grabado, fué admirado en el Salón de los Campos Eliseos de París, en 1891.

Su autor A. Artigue ha hecho una miniatura graciosa de color y luz...

Todas las alegrías de las floridas mañanas de abril las refleja el artista en la interesante damisela que descansa las fatigas de todo un amanecer pasado en el campo, recogiendo las flores abiertas á los besos del sol, húmedas por el brillador rocío, envidiosas del delicado tinte que pintó la mañana en las mejillas de la elegante jovenzuela.

MARISCANDO

Esas infancias al aire libre llegan hasta las orillas del mar, cada una con sus propias características, todas bullidoras, felizmente inconscientes, con sus afinidades de chicos, unas, con el campo teatro de sus aventuras, otras, con la encrucijada y la calle lugares de sus correrías, otras con el mar pródigo en tesoros y sobresaltos... Pulula, ella, aquí, á bandadas por playas y plegaduras de costa... Sus representantes están allí, siempre, como ciertos bivalvos que se adhieren á las rocas marinas... anegados hasta las corbas, curtidos y toscos, por el aire salino, como los santos de las ermitas viejas, á quienes el tiempo cubre con oscura patina.

En el grabado que reproducimos, un puñado de ellos se afanan, como si buscasen oro fino, en la recogida de los codiciados mariscos que, tal vez, ha de proporcionarles un pedazo de pan.

A esta faena llámale la Academia, *mariscar*... ¡Allá ella!

TARDE DE INVIERNO

Declina la Naturaleza — esa hermosa con crisis de mujer. — El invierno viénese embozado en nieblas, estremecido de frío, con sus cielos vacíos y pálidos...

Allá, la tarde se extingue con desmayos de luz; los árboles se yerguen desnudos de hojas, como esqueletos, inmóviles, sobre la parduzca extensión de los campos... Entre la hojarasca se estanca el agua de las últimas lluvias, cristalizada por el frío... Los pájaros revuelan pesadamente... son en estos paisajes tristes como los haraposos chicuelos de nuestras calles bajo las escarchas de diciembre...

La tierra tiene palideces y arrugas de centenaria, el aire alientos de cueva, húmedos y fríos; el cielo inmenso melancolías de miradas amantes... La tarde que se va, gradaciones de suspiros lejanos que se apagan...



CARRERAS DE CABALLOS

El entraîneur jockey Dutton, se encuentra en Pau, para donde salió, después de la última reunión de otoño, con los potros *Alacrán*, *Lovelock*, *Mortemer*, *Presidente*, *Piccola* y *Rob-Roy*.

Tenemos entendido que el Sr. Attias, prepara en Aranjuez algunos de los potros de su propiedad, con el fin de matricularlos en las carreras de Niza, que se verificarán en el mes de enero próximo.

La yegua *Quíloa*, que vendió el Marqués de Alcañices para Francia, cubierta por el semental *Jarama*, ha parido una potranca á quien le han puesto por nombre *Quira*, la cual se halla de venta según hemos visto en *El Jockey*, periódico parisién.

La yegua *Flaminia*, propiedad del Marqués de Villamejor, ha muerto en Madrid á consecuencia de un cólico.

Es una pérdida sensible; pues *Flaminia*, por su origen, y por la forma en que se presentó en las últimas carreras, hacía concebir grandes esperanzas.

El célebre semental *Caruleus*, hermano del no menos renombrado *Blue Gown*, ha muerto en el haras de Bauwer, á la edad de 21 años.

El duque de Westminster ha adquirido la potranca *Sainte Marie*, por la cual pagó de yéarling el difunto Mr. Abington, 78.750 pesetas. Dicha yegua es hija de Hermit y de Adelaide, y será cubierta por el semental *Orme*.

Han entrado á formar parte de la *Sociedad de Fomento de la Cría caballar de España*, los señores siguientes:

D. Ricardo Abella, D. Enrique Barreto, D. José Gatner, D. Ricardo Heredia y el Conde de la Quintana de la Enjarada.

CAZA

Los tribunales belgas han resuelto un caso cuya curiosidad merece llamar la atención de los aficionados á la diversión de San Huberto.

Se trataba de si un perro, cuyo dueño había tomado para él un billete de pasaje en el ferrocarril, tenía ó no derecho á ocupar un asiento en el carruaje en donde viajan las personas, ó si debe el animal ir entre ó debajo de las piernas de aquéllas.

Hace algún tiempo que viajaba en un tren un cazador con su perro perdiguero, y habiendo sido éste echado de su asiento por un empleado de la compañía ferroviaria que hacia las veces de inspector, para que hiciese sitio á un pasajero, protestó el amo enseñando el billete de pasaje del can, apelando después á la Administración de los ferrocarriles del Estado á fin de que se sentara jurisdicción en ese asunto.

Visto éste por los tribunales publicóse el fallo, que resulta por completo favorable al perro.

A consecuencia de dicho fallo, en breve aparecerá un decreto disponiendo que en el reglamento de ferrocarriles conste que el perro que vaya provisto de su billete de pasaje, tiene derecho de ocupar en el carruaje un asiento, lo mismo que su dueño, y que cuando suceda que en un compartimiento de un coche de ferrocarril para diez asientos, viajen en el mismo cinco personas y cinco perros, deberá considerarse aquél lleno.

Hemos recibido el número 75 del acreditado periódico habanero *El Cazador*, el cual publica varios notables artículos é interesantes noticias para los aficionados á la caza, y cuya publicación recomendamos á todos los amantes del higiénico ejercicio cinegético.

Una de las mayores contrariedades que puede ocurrir al cazador, es que la lluvia le coja cazando ó camino del cazadero.

Para evitar mojaduras, que además de ser molestas acarreen graves enfermedades, los que con frecuencia andan por el campo usan diversas clases de abrigos y de impermeables; pero hasta ahora nada práctico se ha inventado.

Sin embargo, bajo la dirección del inteligente industrial extremeño D. Maximiliano Macías, se están construyendo varias prendas, que según su autor, haciendo uso de ellas, puede esperarse tranquilo, y sin temor de coger un reuma, el diluvio universal.

En bien de todos, deseamos que salga adelante con su empresa.

Este invierno es abundantísimo en estorninos.

En un cañaveral de Villaverde del Río van cogidos, durante diez días que hace empezó la caza, 4.000 docenas de estos pájaros; casi todos se han consumido en Sevilla.

En otro cañaveral, situado también en el término de Villaverde, empezó la explotación hace ocho días, y se cogen diariamente 500 docenas de estorninos.

Como la cacería de estos volátiles dura hasta fin de febrero, puede calcularse el número infinito de docenas que se cazarán en la temporada.

VELOCIPEDIA

Continúan avanzando rápidamente los trabajos de construcción del Velódromo que posee en San Severiano la Sociedad Velocipédica Gaditana, habiéndose terminado ya parte de la pista, que comprende 2 metros de ancho, de cemento y de diámetro por la línea exterior, 443 metros.

Entre los muchos expositores de máquinas que figu-





Crónica del Sport



ran en la Exposición de Chicago aparece la máquina sistema Raleigh, en el cual el invencible velocipedista Zimmerman, ganó premios por valor de 8.000 dollars, incluyendo 75 primeros y en que hizo todos los records de Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y Canadá, durante el pasado año.

Del 10 al 22 de enero próximo se verificará en París una exposición velocipédica, cuyo nombre será *Salon des Cycles*, y se emplazará en el salón Wagram.

El Circulo velocipedista de Porto, trata de proporcionar á sus asociados la enseñanza de la esgrima y del tiro, á cuyo objeto están terminándose las instalaciones respectivas, en locales adecuados y con todos los elementos más modernos é indispensables.

El Gobierno del Japón ha decretado el empleo de la bicicleta en el ejército.

En la Habana se ha constituido una sociedad velocipédica bajo el título de *Club Biciclista de la Habana*, según vemos en el último número de *El Cazador*, de dicha ciudad.

En breve inaugurará dicha sociedad un velódromo en terrenos que ha arrendado.

La Junta directiva la forman los señores siguientes: Presidente, D. Aurelio Llata; vicepresidente, D. Morris Heyman, tesorero, D. Marcelino Santamaria; secretario, D. Vicente Casas; vocales, D. Carlos Velasco, D. Ubaldino Hierro, D. Avelino Pérez y D. Ubaldino Soriano.

En Porto, acaba de fundarse un nuevo club velocipedista con la denominación de *Sport-In-Club*. Cuenta ya con gran número de socios, siendo Presidente el Sr. D. Alberto da Luz Rebello.

Para el mes próximo de diciembre, el citado club proyecta dar varias carreras.

REGATAS

La Sociedad náutica de Marsella ha publicado el programa de las grandes regatas internacionales que tendrán lugar en aquel puerto el 4 y 5 de marzo del año próximo.

Se otorgarán premios en metálico por valor de 8.240 pesetas, varias medallas de plata y bronce y diferentes objetos de arte.

Sabido es con qué impaciencia esperaban los aficionados norteamericanos é ingleses los resultados de la famosa triple regata entre los respectivos yachts *Vigilant* y el *Valkyria*, cuyo premio había de ser la «Copa de América».

Un periódico tuvo entonces la idea de publicar una edición especial en que habian de relatarse todos los incidentes del regateo, y los medios de que se valió fueron los siguientes:

En primer lugar, alquiló los dos remolcadores más rápidos de Nueva York, provistos de «surf-boats», ó sea una especie de balleneras de salvamento que se emplean para ganar la costa atravesando las rompientes, un cañón porta-amarras y 20 palomas mensajeras. Además embarcó los más diestros telegrafistas para ir

echándolos á tierra cerca de estaciones provisionales instaladas de antemano.

Uno de los remolcadores debía seguir á los «yachts» y anotar todos los incidentes, en despachos que el otro remolcador iba recogiendo y llevando á la costa. Cuando alguno de esos incidentes era muy importante un caligrafo miniaturista escribía el despacho en un tejido muy tenue que llevaba una de las palomas mensajeras hasta el palomar de Tompkinville, que es la estación telegráfica y telefónica más próxima á Sandy Hook. Para adiestrar las palomas y habituarlas á cruzar el mar, se estuvo ensayándolas un mes antes: así que una de ellas que llevaba un despacho de 821 palabras sólo tardó 48 minutos en salvar la distancia de 6 millas (9.354 metros) desde alta mar hasta Tompkinville.

También habia en la costa brigadas de velocipedistas para recoger los despachos de las balleneras y llevarlos á la más cercana estación telegráfica; y por fin en el ferrocarril de Jersey South fletó el aludido periódico una máquina para el servicio especial de la regata.

El Comité de las regatas internacionales de París, acaba de constituirse para la próxima *season*. Han sido nombrados: Presidente, Mr. Vacherot; vicepresidentes, M. M. Agnel y Patry; secretario, Mr. Boucher y tesorero, Mr. Hébrard.

El emperador de Alemania, que en todo desea singularizarse, anda en tratos con los propietarios del yacht *Vigilant* para adquirir en 60.000 duros el vencedor de la última prueba de la «Copa de América».

PALOMAS MENSAJERAS

El concurso de palomas mensajeras verificado en Girona, á las diez de la mañana, del 8 del actual, dió buen resultado, á pesar del temporal de agua que las aves encontraron por el camino.

Las palomas llegaron á las doce, enteramente empapadas de agua, conduciendo varios despachos de las autoridades y algunos particulares. En cambio, un despacho teleográfico puesto en Girona al mismo tiempo de verificarse la suelta, llegó á Barcelona cuatro horas más tarde que las palomas.

SPORTS ATLETICOS

Cierto andarín francés muy entusiasta por Rusia y por el Czar, ha pensado en recorrer á pie la distancia que separa á París de San Petersburgo.

El hombre se llama Bertaux, y tan pronto como ideó ese proyecto, lo ha puesto en práctica y ha comenzado á andar. Pero Bertaux no va á Rusia como cualquier individuo cuando da un paseo. Lleva sobre sus hombros 150 libras de una carga compuesta de botellas de Champagne y de tejidos finísimos, que se propone regalar á Alejandro III.

Desde que abandonó á París, lleva ya trece días de caminata. Llegó á la capital del gran ducado de Luxemburgo, en donde sólo se detuvo el tiempo indispensable para descansar. En seguida ha emprendido la marcha, y espera llegar á San Petersburgo á los 150 días de su salida de París.

FERROCARRILES

Aun estando en Inglaterra mucho más garantidas que en España las vidas de los que viajan por caminos

de hierro, el carácter previsor de aquel país tiene organizadas ambulancias dotadas del personal y material necesario, formado por dependientes de la compañía, y que viajan en todos los trenes. No hace muchos días hubo en Stratford un simulacro y competiciones por las ambulancias de la «Gran Compañía Oriental de Caminos de hierro». Presidió Lord Claud Hamilton y se dió una copa de plata al cuerpo de Norwich. Mr. W. Birt y otros oficiales hicieron ejercicios muy curiosos transportando y aplicando curas á supuestos heridos con la habilidad de verdaderos profesores. La música de trabajadores de la compañía amenizó el acto que fué muy interesante.

NATACION

La asociación de nadadores de la City de Londres ha tenido una brillante reunión presidida por el Alcalde, destinando á la beneficencia sus productos. El local de los baños de Aldgate era insuficiente para albergar á la numerosa y escogidísima concurrencia en la que abundaban las señoras de la mejor sociedad inglesa.

He aquí algunos números del programa, que era muy variado: un *handicap*, simulacro de salvar ahogados, una pelea de gallos, carrera acuática de polizontes vestidos de uniforme, partidos de polo y otros muchos ejercicios hechos á maravilla.



CUENTOS DE SPORT

PAGAR... CORRIENDO

ESCURIER!

—¡Piseloque! ¡qué encuentro! ¿cómo te va?

—Bien.

—Tomarás una copa. ¡Mozo! un vermouth.

—¿Sabes quién está aquí también? Barquette.

—¡Hombre!

—Ha ido ahí cerca por tabaco... mírale, allí viene.

—¡Calle! ¿tú por aquí?

—¡Quién nos había de decir que habíamos de encontrarnos en Tolosa!

—¿De dónde vienes?

—De Bigorre.

—Pues yo he estado en Luchón...

Y los tres jóvenes comediantes, sentados ante una mesa del café Albrighi, entraron en el terreno de las confidencias, relatando cada cual sus trabajos y penalidades, dando





de paso buenas dentelladas á las compañeras y compañeros de sus respectivas compañías.

—¿Repetimos?— Preguntó Escurier.

—Sí, sí...— contestaron los otros.—¡Eh, mozo, tres vermouth!

—Qué tiempos aquellos en que trabajábamos juntos en Tolosa.

Y vuelta á las historias antiguas, á las anécdotas picantes, la sabrosa murmuración.

Con los sombreros echados atrás, entregados á la alegría de verse juntos y de charlar confiadamente, su verbosidad no se agotaba. Al tercer vermouth, cuando ya los rostros estaban encendidos y los ojos bailaban en sus órbitas, dijo Baraquette:

—Hijos míos, no nos separemos hoy. ¿Vamos á almorzar juntos?

—¡Claro!—dijo Escurier con la mayor naturalidad.

Piseloque hizo un gesto afirmativo, pero sin entusiasmo, como quien se encuentra preocupado.

—¿Dónde se almuerza?

—Aquí, ¡qué diablos!

—Corriente.

—Mozo; pon tres cubiertos junto á la terraza... es más alegre. Avisa al señor Caragnel y dile que estamos aquí reunidos como en otros tiempos... y que nos sirva una comida de primera.

Al oír esto y arrastrado por la propia sobreexcitación, dijo Piseloque resueltamente:

—Eso es, un banquete en toda regla.

Y Escurier añadió:

—Hay que echar la casa por la ventana.

Pusiéronse á la mesa, y excitado Baraquette por la enumeración de ciertos platos desconocidos para él, propuso otros de su cosecha: los compañeros tuvieron que intervenir para moderar sus pretensiones; pero lo que es en los postres no cedió un ápice.

—¿Qué vinos quieren los señores?

—Burdeos, Borgoña y Champagne.

Comieron y bebieron atrozmente; gritaron á cual más, contando nuevas historias, acompañadas de fuertes puñetazos sobre la mesa, de amistosos pescozones, de confidencias y carcajadas: aquel ruido infernal escandalizaba á los pacíficos y prudentes parroquianos.

Pidieron café: con los licores hicieron que les trajeran buenos cigarros que al saborear los redoblaron su alegría.

El festín duró dos horas... Pero habiendo manifestado Piseloque que se acercaba la

hora de partir, Baraquette pidió la cuenta.

Aquí fueron los apuros, mientras que el mozo colaboraba en la cuenta que se hacía en el mostrador. Entre los alegres comensales prodújose un silencio embarazoso, en sus encendidos rostros se pintaba la preocupación, la angustia; ni aún atrevíanse á mirarse.

Volvió el mozo, y después de entregar discretamente la cuenta á Baraquette, se retiró.

El agredido no pudo reprimir un movimiento de sobresalto.

—¡Caramba! chicos nos hemos excedido un poco.

Pasó el papel á sus compañeros que participaron de su trastorno al ver la suma total.

—Nada, cada uno pagará la parte que le corresponda, prosiguió Baraquette, sin perjuicio de que alguno de vosotros se encargue de la mía. Arregla eso, Piseloque; yo te enviaré el lunes por el correo lo que sea; descuida, la quincena se cobra el lunes.

Pero Piseloque, lo mismo que Escurier, tampoco tenía un céntimo.

Al comprender que cada uno de ellos había contado, para pagar, con el bolsillo de los otros y que todos se encontraban en igual caso, la consternación fué general.

Confesar que no tenían, considerábanlo humillante. ¿Como salir del aprieto?

—¡Una idea! exclamó Baraquette. Voy á llamar al dueño, elogiaremos su cocina, entramos en conversación, le convidamos á una copita... y así... como quien no quiere la cosa yo aprovecharé la ocasión para explicarle lo que nos pasa de la mejor y más decorosa manera posible...

Se quedaron pensativos: la pícara vanidad se oponía á aquella confesión y por otro lado repugnaba á la honradez de los buenos cómicos dar sablazo tan mayúsculo, por más que estuvieran decididos á pagar después.

—¡Mozol! gritó Baraquette, diga al dueño que nos haga la merced de venir.

El Sr. Caragnel se presentó inmediatamente.

Allí fueron los apretones de manos, las felicitaciones...

—Sí, sí, querido Caragnel, ¡una comida admirable!

El sonreía confuso.

—Va V. á beber una copita de cognac con nosotros.

—Yo soy quien convida, interrumpió el generoso Caragnel... un cognac que ¡yal ¡yal

Y desapareció.

El remordimiento de los convidados aumentaba; pero no tuvieron tiempo de cambiar una frase, pues el fondista regresaba llevando una botella, con la que llenó tres dealitos.

—¡A la salud de ustedes!

—¡Por la de usted!

—¡Oh! un verdadero *fine champagne* de á 20 francos la gota.

Y lo olían, lo paladeaban, ponían los ojos en blanco.

¡Deliciosa bebida! ¡paradisiaca voluptuosidad!

Con aquel aumento de bienestar se tranquilizaron por el pronto y recobraron la perdida confianza, persuadidos de que la casualidad llegaría en su auxilio.

Por delante de la terraza pasó entonces un hombre subiendo la alameda Laffayette á todo escape. De pronto Baraquette guiñó un ojo, como diciendo á sus compañeros:

«¡Atención! aquí está lo que esperábamos», y dijo negligentemente:

—Hé ahí un mozo que, al paso que lleva, estará en la Columna en cinco minutos.

Y replicó Escurier:

—Ya lo creo; y aun apuesto á que yo me atrevería á llegar en cuatro.

—Vosotros no estáis acostumbrados á eso, dijo entonces Piseloque; á mí me bastarían tres minutos... y de sobra.

Los otros dos compañeros se escandalizaron.

—¿Qué apuestas á que no?

—Lo que queráis.

—Corriente: el almuerzo.

—Choca ahí.

—Los tres vamos á correr á un tiempo; el último que llegue paga la cuenta.

—Aceptado... señor Caragnel, usted será testigo y dará la señal.

Pusiéronse en medio de la calle y el fondista á quien hizo gracia la apuesta, los puso en línea con los pies juntos y los codos pegados al cuerpo.

Reunióse gran número de curiosos para presenciar el gratuito espectáculo.

—¿Estamos? Preguntó el señor Caragnel.

—Estamos.

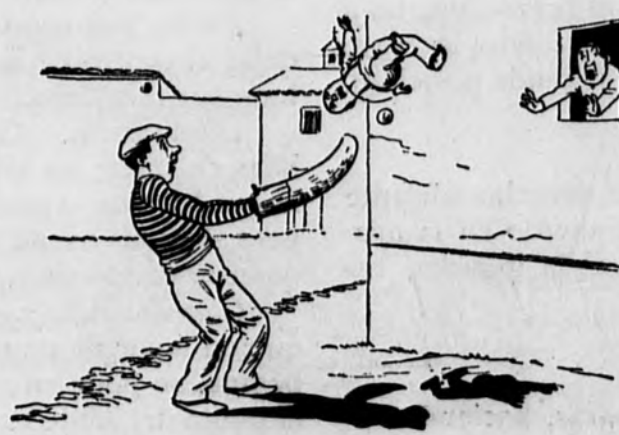
Entonces, no sin cierta emoción, digno, solemne, con la gravedad de un *starter*, dió las palmadas de rigor:

—¡Una, dos, tres!—¡Marchen!

Y, en efecto... SE MARCHARON.

B. MARCEL

! POR P. DE ROJAS





EL ARTE DE LA ESGRIMA

OBRA ORIGINAL DEL PROFESOR LEÓN BROUTIN

(Continuación).

Advertencia.—Es muy esencial la advertencia que voy á hacer sobre la manera de coger el sable.

Muchos profesores dejan coger el sable á sus discípulos como quieren y como mejor les acomoda, y no debe ser así, pues hay muchos que cogen el sable como si cogiesen un palo, y esto tiene un inconveniente, que es el siguiente: el dar una cuchillada ó sablazo, en su mayoría de plano y sin dirección, (lo que llamamos *palo de ciego*), y en cambio, poniendo el dedo pulgar sobre el lomo de la empuñadura, se tiene más seguridad para dirigir el golpe y para dar siempre de corte, y al mismo tiempo menos expuesto al desarme, que de la otra manera sucede muy á menudo.

Primera posición.

Levantar el brazo derecho, la mano vuelta, uñas al frente y vertical, colocar los pies formando un ángulo, y la mano izquierda en la cadera izquierda, bien perfilado. (Véase la primera posición).

Segunda posición, en guardia.

Bajar la punta del sable, haciéndole pasar á la izquierda del pecho, con rotación de muñeca, volviendo á primera posición, segunda rotación de muñeca por la derecha, doblando el brazo, la punta del sable á la altura de los ojos y la mano vuelta uñas abajo, el codo separado del pecho unos veinte centímetros y la mano á la altura del pecho. Doblar sobre ambas piernas, separando los pies todo lo que se pueda, y quedándose doblado sobre dichas piernas, lo mismo sobre una que otra; la distancia que debe de haber de talón á talón, es de dos pies. (Véase la segunda posición).

Extensión del brazo, tercera posición.

Alargar el brazo derecho al pecho del adversario sin sacudida, conservando la mano uñas abajo, la mano, el brazo y el sable formando una línea recta. (Véase la tercera posición).

El fondo, cuarta posición.

Levantar el pie derecho, y echarle adelante todo lo posible que se pueda, rasando el suelo y el pie derecho de plano, la rodilla perpendicular, con la garganta del pie; dando impulso con la pierna izquierda, sosteniendo el pie izquierdo de plano, y el cuerpo derecho y perfilado. (Véase la cuarta posición).

Retirarse ó recogerse á la guardia.

Levantar el pie derecho y al mismo tiempo doblar la pierna izquierda, con un poco de impulso de la pierna derecha, volviendo á poner el pie derecho á la distancia de dos pies entre ambos talones, quedándose doblado sobre las piernas, retirando el brazo derecho á la misma distancia en que estaba antes de echarse á fondo; la mano izquierda no debe moverse para nada. (Véase la segunda posición).

Del paso adelante, (marchar).

Desde la posición de la guardia, llevar el pie derecho adelante quince ó veinte centímetros, siguiéndole el pie izquierdo en la misma proporción y conservando la misma posición de la guardia, rasando el suelo y el pie de plano, sin saltar.

Del paso atrás, (romper).

Estando en guardia, llevar el pie izquierdo atrás, haciendo se-

guir el pie derecho, conservando siempre la posición de la guardia; la inversa del paso adelante.

Observación.—Algunos profesores hacen marchar con el pie izquierdo el primero, uniéndolo al talón derecho, y echando luego el pie derecho adelante; y para el paso atrás elevando el pie derecho donde está el izquierdo, echando luego el pie izquierdo atrás; yo no lo hago así porque se pierde la seguridad en la guardia y prontitud para ejecutar cualquier golpe.

También hay profesores que enseñan los dobles pasos adelante y dobles pasos atrás, esos son todavía peores y absurdos; que son los siguientes: Doble paso adelante: llevar el pie izquierdo por delante del derecho y llevar el pie derecho á la posición de la guardia. Doble paso atrás: desde la posición de la guardia, llevar el pie derecho detrás del izquierdo, y llevando el izquierdo atrás á la posición de la guardia; quien hace un paso adelante como lo indico en

mi lección, hace dos y tres lo mismo que los pasos atrás; lo que hay que procurar en la esgrima es estar bien perfilado, bien aplomado y mucha seguridad; en cambio, de la manera que dichos profesores hacen marchar á sus discípulos, es imposible que puedan tener equilibrio, y siendo peor no estar bien perfilado.

Las líneas.—Se llama línea el espacio que se adhiere á los lados del arma. Estas son dos y se llaman: línea de dentro, la que está al lado izquierdo, y línea de fuera la que está al lado derecho.

Cuchilladas.—Se llaman cuchilladas todos los movimientos que causa el sable con el filo ó corte.

Contrafilos.—Se llama contrafilo, el golpe que se tira al adversario con el revés ó lomo del sable.

Simular ó fingir.—Se llama simular ó fingir, la acción de tirar un golpe á un sitio y se engaña tirando al lado contrario, con el corte ó filo del sable ó con la estocada.

Como sinónimo de estos verbos se usa también en el tecnicismo de la esgrima el de faltar.

Estocada.—Se llama estocada, la acción de herir al adversario con la punta del sable.

Paradas ó quites.—Se llama paradas ó quites, el arte de separar con oportunidad el arma del adversario.

Ataques simples y compuestos.—Ataque simple se llama el golpe que se dirige al adversario de un solo movimiento. Ataque compuesto el golpe que se tira al adversario de varios movimientos.

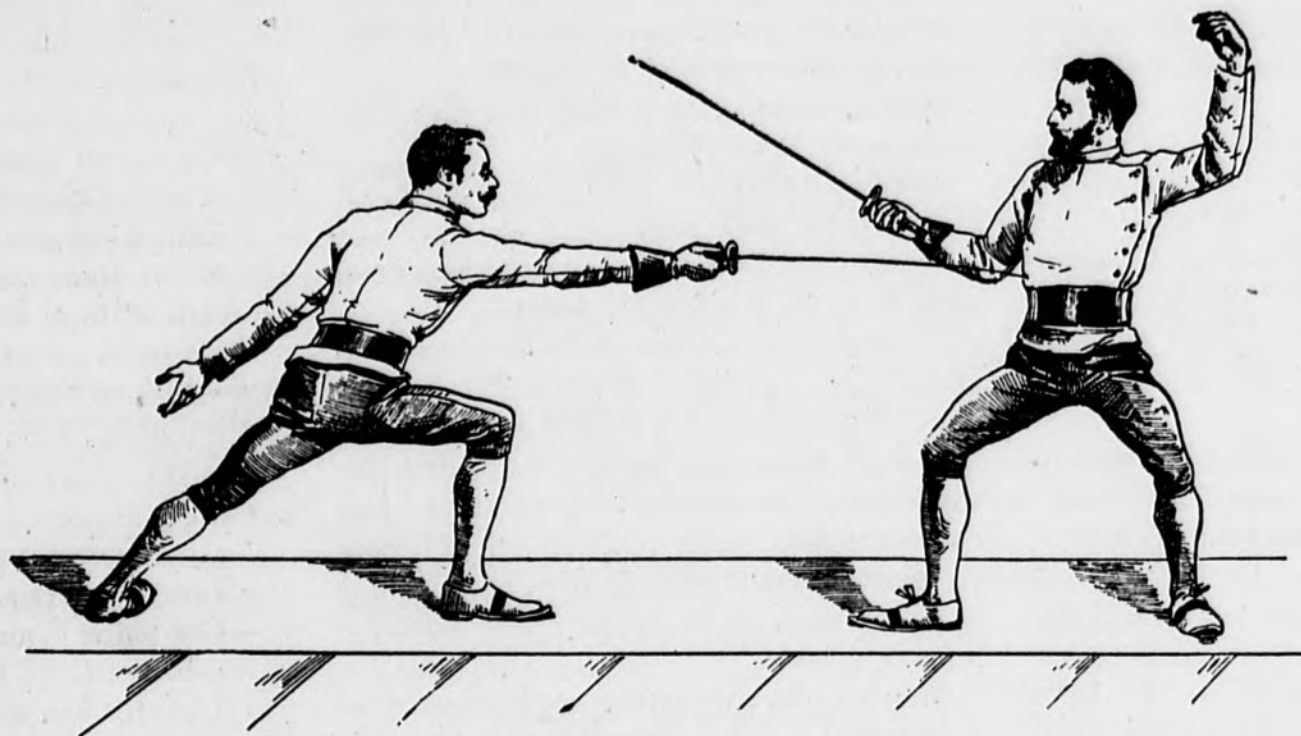
Ataque y contestación.—Se llama ataque, la acción de querer tocar con un golpe á su adversario. Se llama contestación, el ataque que sigue después del quite para tocar al adversario.

Golpes de tiempo.—Se llama golpe de tiempo, á los que se dan al adversario, sobre un ataque sin acudir á las paradas ó quites.

De las salidas de línea.—Salidas de línea se llama la acción de dejar el centro de la guardia, haciendo un paso ó salto de costado, bien sea á la derecha ó á la izquierda.

Observación.—Como profesor no aconsejo que se hagan las salidas de línea; las salidas de línea no paran el golpe del adversario, la que lo evita y para es la mano, así es, que nunca se debe hacer, pero si se las hacen á uno no hay más que girar sobre el talón izquierdo dando siempre frente al adversario.

Guardia baja y guardia alta.—Se llama guardia baja, al tirador que en lugar de ponerse en guardia como queda indicado en otra página, se pone en guardia con la mano apoyada sobre la rodilla y la punta del sable casi tocando en el suelo, lo mismo á la derecha



Golpe recto en la línea baja de cuarta.





que á la izquierda. Guardia alta: cuando el tirador tiene la mano á la altura de la cabeza y la punta del sable baja, ó también cuando tiene la mano alta y la punta del sable lo mismo. No aconsejo ninguna de esas guardias.

CAPITULO II

GOLPES DE UN SOLO MOVIMIENTO

- 1.^a Primera estocada.
- 2.^a Segunda estocada.
- 3.^a Cuchillada á la cara por dentro.
- 4.^a Cuchillada al brazo por dentro.
- 5.^a Cuchillada al vientre.
- 6.^a Cuchillada á la cabeza.
- 7.^a Estocada de contrafilo.
- 8.^a Cuchillada de contrafilo.

Manera de tirar la primera estocada.—Los dos sables cruzados en la línea de fuera, alargar el brazo en toda su extensión sin sacudida á la línea de fuera, conservando las uñas abajo, la empuñadura del sable mirando á la parte de afuera, y el corte del sable, la mano y el brazo formando una línea recta echándose á fondo con rapidez. (Véase la cuarta posición, primera estocada).

Manera de tirar la segunda estocada.—Los dos sables cruzados en la línea de fuera, pasar por debajo del brazo del adversario, volviendo la mano uñas afuera, alargando el brazo en toda su longitud, la mano á la altura de la cabeza y la empuñadura mirando al cielo, echándose á fondo en la línea de dentro, con velocidad, cubriéndose la cabeza con la empuñadura del sable. (Véase la cuarta posición, segunda estocada).

Manera de tirar la cuchillada á la cara por dentro.—Los dos sables cruzados en la línea de fuera, pasar por encima del sable del adversario con rotación de muñeca, alargando el brazo y echándose á fondo con rapidez á la cara por dentro. (Véase la cuarta posición, cuchillada á la cara por dentro).

Manera de tirar la cuchillada al brazo por dentro.—Los dos sables en la línea de fuera, pasar por encima del sable del adversario con rotación de muñeca, alargando el brazo, echándose á fondo con rapidez al brazo por dentro. (Véase la cuarta posición, cuchillada al brazo por dentro).

Cuchillada al vientre.—Los sables cruzados en la línea de fuera, pasar encima del sable del adversario con rotación de muñeca y alargando el brazo, echándose á fondo dirigiendo la cuchillada al vientre. (Véase la cuarta posición, cuchillada al vientre).

Cuchillada á la cabeza.—Los sables cruzados en la línea de fuera, bajar rápidamente la punta del sable pasando por el lado izquierdo del pecho de uno, con rotación de muñeca, alargando el brazo con la cuchillada á la cabeza, echándose á fondo con velocidad y mano alta. (Véase la cuarta posición, cuchillada á la cabeza).

Estocada de contrafilo.—Los sables cruzados en la línea de fuera, tirar la segunda estocada á fondo, quedándose á unos quince centímetros de distancia del pecho del adversario, retirarse á la guardia cortando los dedos al adversario con el contrafilo del sable, con un movimiento brusco de mano y de dedos.

Cuchillada de contrafilo.—Los sables cruzados en la línea de fuera, simular la cuchillada al vientre pasando por encima del sable del adversario, alargando el brazo y echándose á fondo quedándose corto, á unos quince centímetros del vientre; antes de llegar al vientre, volver la muñeca uñas abajo, y al retirarse á la guardia, cortar los dedos con el contrafilo con un movimiento brusco ó sacudida en los dedos.

Nota. Después de echarse á fondo con un golpe cualquiera, hay que recogerse siempre á la posición de la guardia. (Segunda posición en guardia).

CAPÍTULO III

LAS PARADAS Ó QUITES SON SEIS

Parada primera.—Consiste en volver la mano con las uñas hacia dentro y el corte del sable á la izquierda, el sable perpendicular, la punta del sable mirando al cielo, la mano á la altura del pecho y el brazo doblado, presentando el corte del sable y el sable separado del pecho unos veinte centímetros. (Véase la parada primera).

Parada segunda.—Volver la mano con uñas al frente, el sable perpendicular, la punta del sable mirando al cielo, la mano á la altura del pecho y separada unos veinte centímetros y á la derecha, sin alargar el brazo y el corte del sable á la derecha. (Véase la parada de segunda).

Nota. Al hacer las paradas, hay que adelantar siempre un poco

la mano para que el sable del adversario no pueda pasar, y nunca hacer las paradas retirando el brazo hacia sí.

Parada tercera.—Dejar caer la punta del sable al lado izquierdo, de modo que la punta del sable quede un poco más baja que la rodilla derecha y la mano á la altura del pecho, y á la izquierda el corte del sable igualmente, las uñas al frente y el brazo doblado. (Véase la parada de tercera).

Parada cuarta.—La inversa de la tercera; es decir, llevar la mano á la derecha con la punta del sable mirando al suelo, y perpendicular el corte del sable á la derecha. (Véase la parada cuarta).

Parada quinta.—Levantar la mano á la altura de la cabeza, el corte del sable mirando al cielo y separado unos veinte centímetros de la cabeza, el sable atravesado de derecha á izquierda, la punta del sable más baja que la mano y mirando por debajo del sable. (Véase la parada quinta).

Parada sexta.—Levantar la mano á la altura de la cabeza, el corte del sable mirando al suelo, la punta del sable caída á la derecha, vertical, soltando los últimos dedos y el brazo á la derecha. (Véase la parada sexta).

PARADAS Y CONTESTACIONES SOBRE LOS GOLPES YA INDICADOS DE UN SOLO MOVIMIENTO

Parada sobre la primera estocada.—La primera estocada se debe de parar con la parada segunda, contestar con la cuchillada á la cara por dentro sin pasar por encima del sable, ó con cuchillada á la cara por dentro pasando por encima del sable del adversario, y también al brazo por dentro y al vientre.

Paradas sobre la segunda estocada.—Se puede parar la segunda estocada con primera y con cuarta; con la parada de primera se puede contestar con cuchillada á la cara por fuera, sin pasar por encima del sable, y con cuchillada al brazo y á la cara por fuera pasando por encima del sable; si se para con la parada cuarta, contestar con cuchillada á la cabeza ó con segunda estocada.

Paradas sobre la cuchillada á la cara por dentro.—Se puede parar la cuchillada á la cara por dentro con la primera y quinta, bajando un poco la punta del sable. Si se para con primera, se puede contestar á la cara por fuera sin pasar por encima del sable, y también se puede contestar al brazo por fuera y á la cara pasando por encima del sable; si se para con quinta se puede contestar con la cuchillada á la cabeza ó á la cara por dentro, ó con la segunda estocada.

Paradas sobre la cuchillada al brazo por dentro.—Se puede parar la cuchillada al brazo por dentro con la primera, bajando un poco más la mano y con tercera. Si se para con primera, contestar á la cara por fuera sin pasar por encima del sable, y también se puede contestar al brazo por fuera y á la cara pasando por encima del sable. Si se para con tercera, contestar con cuchillada á la cabeza.

Parada sobre la cuchillada al vientre.—Se debe de parar la cuchillada del vientre con la parada de tercera, y contestar con la cuchillada á la cabeza ó con la segunda estocada.

Parada sobre la cuchillada á la cabeza.—Se debe de parar la cuchillada de la cabeza con la parada de quinta, y contestar con segunda estocada, con cuchillada á la cabeza y con cuchillada á la cara por dentro, á pie firme ó echándose á fondo, según la distancia.

Paradas sobre la estocada y cuchilladas de contrafilo.—Se puede parar la estocada de contrafilo, parando con la primera, la mano un poco más baja y entregando la empuñadura al contrafilo del adversario, contestando á la cara por fuera; las cuchilladas de contrafilo se pueden parar con tercera y contestar á la cabeza, á pie firme ó echándose á fondo, según la distancia.

Nota. Después de haber parado el golpe del contrario y contestado ó no, hay que volver á colocarse en guardia. Segunda posición en guardia: para poderse defender mejor y con más prontitud, un segundo ataque.

CAPÍTULO IV

GOLPES DE DOS MOVIMIENTOS

- 1.^o Uno-dos á la cara por dentro.
- 2.^o Uno-dos al brazo por fuera.
- 3.^o Uno-dos al costado derecho, línea de fuera.
- 4.^o Fingir la primera estocada y tirar la segunda.
- 5.^o Fingir la primera estocada y cuchillada á la cara por dentro.
- 6.^o Fingir la primera estocada y cuchillada al brazo por dentro.





- 7.º Fingir la segunda estocada y cuchillada á la cabeza.
- 8.º Fingir la segunda estocada y echarse á fondo con la misma segunda.
- 9.º Atacar el sable en primera y cuchillada á la cara por fuera.
- 10.º Atacar el sable en primera y cuchillada al brazo por fuera.
- 11.º Fingir ó simular la cuchillada á la cara por dentro, y cuchillada al brazo por fuera, pasando por debajo del sable del adversario.

Uno-dos á la cara por fuera.—Los sables cruzados en la línea de fuera, simular la cuchillada á la cara por dentro, pasando por encima del sable sin alargar el brazo; el adversario va á parar con primera, volver á pasar por encima de su sable alargando el brazo á la cara por fuera, echándose á fondo con rotación de la muñeca uniendo los dos movimientos con rapidez.

Uno-dos al brazo por fuera.—Los sables cruzados en la misma línea que indico más arriba. Simular la cuchillada á la cara por dentro, pasando por encima del sable sin alargar el brazo; el adversario va á parar con primera, engañar pasando por encima de su sable, alargando el brazo y echándose á fondo al brazo por fuera, uniendo los dos movimientos con rapidez.

Uno-dos al costado derecho.—Lo mismo que indico más arriba. Simular la cuchillada á la cara por dentro, pasando por encima del sable sin alargar el brazo; el adversario va á parar con primera, engañar pasando por encima del sable alargando el brazo al costado derecho; echándose á fondo uniendo los dos movimientos con rotación de muñeca y rapidez.

Fingir la primera estocada y tirar la segunda.—Los sables cruzados en la línea de fuera. Fingir la primera estocada alargando el brazo, con la mano uñas abajo al pecho del adversario; el adversario para con segunda, engañar con la segunda estocada. Volviendo la mano uñas á la derecha, levantando la mano á la altura de la cabeza y echándose á fondo con rapidez, unir los dos movimientos.

Fingir la primera estocada, y cuchillada á la cara por dentro.—Los sables en la misma línea que indico más arriba; fingir la primera estocada alargando el brazo con la mano uñas abajo al pecho del contrario; el adversario para con segunda, engañar tirando la cuchillada á la cara por dentro pasando por encima del sable, echándose á fondo con rapidez unir los movimientos.

Fingir la primera estocada y cuchillada al brazo por dentro.—Los sables cruzados en la línea de fuera; fingir la primera estocada alargando el brazo sin sacudida con la mano uñas abajo, y al

pecho del adversario; el contrario para con segunda, engañar tirando la cuchillada al brazo por dentro pasando por encima del sable, echándose á fondo con rapidez unir los dos movimientos.

Fingir la segunda estocada y cuchillada á la cabeza.—Los sables en la línea de fuera; fingir la segunda estocada, pasando por debajo del brazo del adversario alargando el brazo, la mano vuelta y las uñas á la derecha, la empuñadura mirando al cielo; el adversario para con cuarta, engañar con la cuchillada á la cabeza echándose á fondo con rapidez y con rotación de muñeca, uniendo los dos movimientos.

Fingir la segunda estocada y echarse á fondo con la segunda.—Los sables en la misma línea que indico más arriba; fingir la segunda estocada, pasando por debajo del brazo del adversario, volviendo la muñeca uñas afuera alargando el brazo; el adversario para con cuarta y quitando el sable, insistir con la segunda estocada á fondo con rapidez, cubriendo la cabeza y la empuñadura del sable mirando al cielo.

Atacar el sable en primera y cuchillada á la cara por fuera.—Los sables en la línea de fuera, pasar por debajo del sable del adversario, coger el sable con la parada de primera uñas arriba; el adversario cediendo un poco, volver uñas abajo y tirar la cuchillada á la cara por fuera, echándose á fondo con rapidez y procurando unir los dos movimientos.

Atacar el sable en primera y cuchillada al brazo por fuera.—Los sables cruzados en la misma línea que indico más arriba; pasar por debajo del sable del adversario, y cogerlo con la parada de primera uñas arriba; el adversario resistiendo para parar con primera, ceder á su resistencia pasando por encima del sable, echándose á fondo con rapidez uniendo los dos movimientos.

Simular la cuchillada á la cara por dentro, y cuchillada al brazo por fuera pasando por debajo del sable del adversario.—Los sables en la línea de fuera. Simular la cuchillada á la cara por dentro, pasando por encima del sable sin alargar el brazo; el adversario va á parar con primera, pasar por debajo del sable y dar la cuchillada al brazo por fuera, alargando el brazo y echándose á fondo; procurar unir los dos movimientos.

(Continuará).

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANK



Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipación, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

-CARLOS DENIS-

4, Rue Manuel, París. Único agente para suscripciones y anuncios franceses

EN LA
CRÓNICA DEL SPORT

VERDADERAS PILDORAS DEL D^r BLAUD

Empleadas con el mayor éxito, hace mas de 50 años, por la mayoría de los médicos, para curar la **Anemia**, la **Clorosis** (colores pálidos) y para facilitar el desarrollo de las jóvenes. La inscripción de estas pildoras en el nuevo Codex francés, dispensa de todo elogio.

NOTA. — Estas pildoras no se venden mas que en frascos de 200 y medios frascos de 100 al precio de 5 y 3 francos, y nunca sueltas.

Exíjase sobre cada pildora el nombre del inventor como en esta marca.

DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

PARIS : 8, Rue Payenne. — De venta en las principales Farmacias.

OBRA DE OPORTUNIDAD

ZALEMAS

34 LÁMINAS AL CROMO

ALBUM DE LA GUERRA

PRECIO: UNA PESETA

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

MEDALLA de ORO

Exposición Internacional

PARIS 1891

EAU CAPILLAIRE

PROGRESIVA

DEL

Dr. BRIMMEYR

LUXEMBURGO

para la recoloración del **CABELLO GRIS** garantizada en 3 aplicaciones

Inofensiva, perfume exquisito, no mancha ni la piel ni la ropa.

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS.



ASMA Y CATARRO.

Curados por los **CIGARILLOS** o el **POLVO ESPIC**, 2 fr. la Cajita.

Opresiones, Tos, Constipados, Reumas, Neuralgias

Venta por Mayor : PARIS, J. ESPIC, rue Saint-Lazare, 20.

MEDALLA DE ORO — FUERA DE CONCURSO

Exigir esta firma sobre cada cigarrito.

Depósito en todas las Droguerías y Farmacias de España



VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto

por **Ch. Fay**, perfumista

9, Rue de la Paix, PARIS